Estados Unidos: miradas críticas de Nuestra América

N16
TOMO B

EDICIÓN ESPECIAL

Octubre 2026

“Fidel Castro: a 100 años de su nacimiento (1926–2026)”
Fidel: el legado histórico y la resistencia frente al imperio

Participan en este número: Darío Salinas Figueredo, Olga Rosa González Martín, Elier Ramírez Cañedo, Jaime Ortega Reyna, Loreta Tellería Escobar, René González Barrios, Darío Salinas Figueredo, Atilio A. Borón

Boletín del Grupo de Trabajo:
Estudios sobre Estados Unidos

CLACSO

CLACSO

Colección Boletines de Grupos de Trabajo
Director de la colección – **Pablo Vommaro**

CLACSO Secretaría Ejecutiva
Pablo Vommaro – Director Ejecutivo
Gloria Amézquita – Directora Académica
María Fernanda Pampín – Directora de Publicaciones
Gustavo Lema – Director Comunicación e Información

Equipo Editorial
Lucas Sablich – Coordinador Editorial
Solange Victory – Producción Editorial
Valeria Carrizo y Darío García – Biblioteca Virtual

Equipo de Investigación y Grupos de Trabajo
Magdalena Rauch – Coordinadora
Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

Equipo Comunicación e Información
Noelia Croci – Coordinadora Redes Sociales
Renata Maestrovicente – Diseñadora Gráfica

Coordinadores del GT
Mariana Aparicio Ramírez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México, México
aparicio.mariana@politicas.unam.mx

Yazmín Bárbara Vázquez Ortiz
Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos
Universidad de la Habana, Cuba
yazminbarbara@cehseu.uh.cu

Sonia V. Winer
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina
soniawiner@gmail.com

Coordinadores del Boletín
Darío Salinas Figueredo
Olga Rosa González Martín

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB
Ciudad de Buenos Aires | Argentina.
Tel [54 11] 4304 9145
Fax [54 11] 4305 0875
clacso@clacsoinst.edu.ar | <www.clacso.org>

Índice

Presentación

Fidel en el mundo, el mundo en Fidel
Elier Ramírez Cañedo

Fidel y el mundo del futuro
Jaime Ortega Reyna

Fidel y la Estrategia de defensa de Cuba. Una fórmula revolucionaria y vigente.
Loreta Tellería Escobar

Qué me enseñó Fidel
René González Barrios

Fidel: homenaje a un legado de futuro.
Darío Salinas Figueredo

Fidel: más allá de su tiempo.
Atilio A. Borón

PRESENTACIÓN

Fidel: Proyección global, defensa y vigencia en el Sur

Como continuidad del homenaje por el centenario del nacimiento de Fidel Castro Ruz (1926-2026), el Grupo de Trabajo “Estudios sobre Estados Unidos” de CLACSO presenta este segundo volumen (Boletín 16-B). Si el tomo anterior se enfocó en la resistencia y la defensa de la soberanía frente al imperio y su guerra económica, esta segunda parte explora la proyección global de Fidel, su doctrina de defensa, su internacionalismo solidario y su vigencia en las nuevas trincheras del siglo XXI.

En un mundo marcado por la crisis del orden unipolar y el retorno de las políticas de extrema derecha en Washington (2025), el pensamiento de Fidel sobre el Sur Global y la defensa integral de los pueblos adquiere una relevancia radical. Los textos aquí reunidos abordan cómo Cuba, bajo su liderazgo, trascendió el fatalismo geográfico para convertirse en un actor geopolítico de primer orden, portador de un mensaje de paz con dignidad.

Elier Ramírez Cañedo y Jaime Ortega Reyna analizan la diplomacia de la intensidad, la lucha contra la deuda externa y la concepción fidelista de la cooperación Sur-Sur. Loreta Tellería Escobar desentraña la doctrina de la Guerra de Todo el Pueblo, una fórmula de defensa y dignidad que sigue desafiando las doctrinas del Pentágono. En el plano testimonial y de cierre, René González Barrios aporta la memoria viva de la ética revolucionaria, mientras que Darío Salinas Figueredo y Atilio A. Borón nos interpelan con los desafíos de la guerra cognitiva, la inteligencia artificial y el legado filosófico de un líder que, como un águila, anticipó los peligros del colapso civilizatorio capitalista.

Estos dos boletines conforman un cuerpo analítico indivisible. Juntos demuestran que "Revolución es sentido del momento histórico", y que el sentido histórico de nuestro tiempo exige defender la paz, la integración y la dignidad de los pueblos frente a los nuevos autoritarismos.

Darío Salinas Figueredo y Olga Rosa González Martín
Coordinadores

Fidel en el mundo, el mundo en Fidel

Elier Ramírez Cañedo*

En *Discurso de Intensidad*, un extraordinario ensayo de Cintio Vitier (2012), se señala –citando a Lezama Lima- que "*la capacidad histórica de un país no se debe a su extensión sino a su intensidad"* (p. 159). ¿Cómo una pequeña Isla del Caribe, desconocida por millones de personas en el mundo antes de 1959, ha alcanzado un relieve internacional tan sobresaliente, convirtiéndose en un país de gran prestigio e influencia? Muchas de las respuestas a esta pregunta conducen a Fidel Castro, mayor inspirador y artífice de la obra de la Revolución Cubana.

Fidel proyectó con gran intensidad a Cuba en el mundo, pero ello no ocurrió de la noche a la mañana, sino que, con el acompañamiento heroico del pueblo cubano y la solidaridad mundial, tuvo que labrar ese camino a contracorriente de las más poderosas fuerzas desplegadas por el imperialismo estadounidense por evitarlo. Cuba, además de enfrentar el cerco económico, las acciones terroristas, los sabotajes, la invasión mercenaria por Bahía de Cochinos en 1961, las bandas armadas y muchas otras formas de agresión, tuvo que superar el aislamiento diplomático impuesto por Estados Unidos.

En 1958, bajo la dictadura de Fulgencio Batista, la Isla sostenía relaciones con algo más de 50 países en todo el mundo. Para 1964, bajo las presiones y amenazas yanquis, todos los países de la región –excepto México-, habían roto relaciones diplomáticas con la Mayor de las Antillas. Sin embargo, ya a inicios de la década del 70 esa situación había comenzado a revertirse hasta llegar al momento actual en que se mantienen vínculos diplomáticos con 197 países e instituciones internacionales. En el exterior Cuba posee 128 embajadas y misiones permanentes y 20 consulados (Díaz, 2019).

Fue Estados Unidos el que, al paso del tiempo, fue quedando cada vez más aislado en el acompañamiento a su política agresiva contra la nación cubana y, por si fuera poco, año tras año sufre su mayor derrota diplomática en el marco de la Asamblea General de las Naciones Unidas cuando el mundo –prácticamente en su totalidad-, se manifiesta en contra de las sanciones económicas impuestas por Washington a La Habana. En cada victoria de Cuba en el escenario internacional ha estado la impronta de Fidel, quien con su excepcional conducción convirtió a la diplomacia cubana en una de las más activas y exitosas de todo el orbe.

I

Fidel comenzó a interesarse por los acontecimientos internacionales desde muy joven. Siguió de cerca todo lo concerniente a la Guerra Civil Española, también conoció en profundidad las grandes batallas militares y políticas de la Segunda Guerra Mundial y la reconfiguración del orbe que esta provocó. Su afición por la historia de Cuba y Universal, así como su propia experiencia dentro del contexto que se vivía en la Isla, le hicieron ir creándose una visión del mundo y, al propio tiempo, asumir a una posición rebelde frente al mismo, rebeldía que adquirió cause revolucionario una vez que encontró brújula ética y antiimperialista en el pensamiento martiano y, más tarde, en las ideas de Marx, Engels y Lenin.

De ahí en adelante, sobre todo a partir de su ingreso a la Universidad de La Habana en 1945, no solo se dedicó a interpretar la realidad circundante, sino a transformarla. Así

* Historiador y académico cubano. Subdirector del Centro "Fidel Castro Ruz".

comenzó su lucha revolucionaria contra los gobiernos corruptos de la época y por un cambio que liberara a la Isla de la sumisión yanqui. Pero su disputa antiimperialista trascendería la geografía cubana, extendiéndose fundamentalmente hacia la región de América Latina y el Caribe.

En su etapa universitaria Fidel integró el comité Pro Independencia de Puerto Rico, el comité Pro democracia dominicana, participó en 1947 en la frustrada expedición de Cayo Confites contra el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo y en los sucesos conocidos como el Bogotazo, donde compartió su destino con el pueblo colombiano que enfrentaba a las fuerzas reaccionarias que habían asesinado al líder popular Jorge Eliécer Gaitán.

> "Yo en ese momento –recuerda Fidel-, tengo un pensamiento internacionalista y me pongo a razonar y digo: "Bueno el pueblo aquí es igual que el pueblo de Cuba, el pueblo es el mismo en todas partes, este es un pueblo oprimido, un pueblo explotado" –yo tenía que persuadirme a mí mismo, y digo-: "Le han asesinado al dirigente principal, esta sublevación es absolutamente justa, yo voy a morir aquí, pero me quedo". Tomé la decisión sabiendo que aquello era un disparate militar, que aquella gente estaba perdida, que yo estaba solo, que no era el pueblo cubano, que era el pueblo colombiano, y razoné que los pueblos eran iguales en todas partes, que su causa era justa y que mi deber era quedarme y me quedé toda la noche, esperando el ataque hasta el amanecer".(Castro, como se citó en Alape, 2008, p. 60).

Asimismo, ya desde aquella época Fidel se había pronunciado a favor del derecho de los panameños a la soberanía sobre el canal interoceánico y el de los argentinos sobre las Islas Malvinas.

Durante su histórico alegato conocido como *La Historia me Absolverá* en 1953, donde defendió el programa político que guiaría el proceso revolucionario, también dejó constancia de su compromiso con los pueblos latinoamericanos y caribeños:

> "[…] la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a las naciones hermanas, encontrarían en la Patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo" (Castro, 2007, p. 37).

Y es que, para Fidel, desde su vocación bolivariana y martiana, la Revolución Cubana debía ser apenas el comienzo de una revolución más profunda, la que debía ocurrir en toda América Latina y el Caribe.

Luego del triunfo del 1ro de enero de 1959 se acrecentaría ese compromiso solidario con las causas de los países del Tercer Mundo, incluyendo África y Asia y los oprimidos y excluidos en cualquier punto geográfico del planeta, tanto en el Norte como en el Sur. Jamás Fidel traicionó estos ideales y principios internacionalistas. Para el líder cubano no podía concebirse la política sin ética y ese fue una idea que practicó consecuentemente también en la arena internacional.

En diversas circunstancias el gobierno de los Estados Unidos pretendió negociar con Cuba estos principios o condicionó la posible mejoría de las relaciones entre ambos países a cambio de que la Isla se retractara de apoyar a los movimientos de liberación en América Latina, Centroamérica o África, retirara sus misiones internacionalistas de Angola y Etiopía, redujera o rompiera sus vínculos con la URSS, desistiera de apoyar la causa independentista de Puerto Rico y muchas otras exigencias, solo para estrellarse una y otra vez contra la dignidad de Cuba y Fidel. (Cañedo y Morales, 2014).

> Por lo visto, en la mentalidad de los dirigentes de Estados Unidos –expresaría Fidel-, el precio de una mejoría de las relaciones, o de relaciones comerciales o económicas, es renunciar a los principios de la Revolución. ¡Y nosotros no renunciaremos jamás a nuestra solidaridad con Puerto Rico! (…) Ahora ya no es Puerto Rico solo, ahora es también Angola. Siempre, en todo el proceso revolucionario, nosotros hemos llevado a cabo una política de solidaridad con el movimiento revolucionario africano".(Castro, 1975).

Sobre el apoyo de Cuba a la causa independentista de Puerto Rico dos años después añadiría:

> cuando se fundó el Partido Revolucionario Cubano, se fundó para la independencia de Cuba y de Puerto Rico. Tenemos vínculos históricos, morales y espirituales sagrados con Puerto Rico Y les hemos dicho (se refiere a las autoridades estadounidenses): mientras haya un puertorriqueño que defienda la idea de la independencia, mientras haya uno, tenemos el deber moral y político de apoyar la idea de la independencia de Puerto Rico. (…) y se lo hemos dicho muy claro, que ese es un problema de principios, ¡y con los principios nosotros no negociamos!". (Castro, 1977, p. 17).

De la posibilidad del retiro de las tropas cubanas de África a cambio de relaciones normales con los Estados Unidos, Fidel fue categórico: *"¡La solidaridad de Cuba con los pueblos de África no se negocia!".* (Castro, 1977).

Esta posición ética de Fidel, en un mundo caracterizado mayormente por el egoísmo, el chovinismo, los nacionalismos estrechos y el oportunismo político, sigue siendo uno de los paradigmas más importantes que legó a la humanidad en el campo de las relaciones internacionales.

Por supuesto que los líderes del norte, desde su histórica conducta aritmética, no podían entender o asimilar esta posición de Cuba. Algunos, como el secretario de Estado, Henry Kissinger, solo veían una supuesta exigencia soviética como explicación de la decisión de Fidel de enviar miles de hombres a combatir en un continente tan lejano como África. Sin embargo, con el paso del tiempo, el propio Kissinger tuvo que reconocer en sus memorias que se había equivocado y señalar que Fidel *"era tal vez el líder revolucionario en el poder más genuino de aquellos momentos".* (Kissinger, como se citó en Gleijeses, 2015, p. 447).

Desde la segunda mitad de los años 70 y durante toda la década de los 80 no fueron pocos los informes de inteligencia y los análisis que mostraban que Cuba estaba en África por su idealismo internacionalista, dispuesta a hacerlo incluso sin el respaldo de la URSS. "*Los cubanos no son marioneta de nadie*", le escribió Robert Pastor, asistente para América en el Consejo de Seguridad Nacional, a Zbiniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional de Jimmy Carter, el 19 de julio de 1979. Los analistas de la CIA por su parte señalaban que Fidel le concedía particular importancia al mantenimiento de una política exterior de principios. "La política cubana –agregaban- no está exenta de contradicciones (…) No obstante, en cuestiones de fundamental importancia tales como el derecho y el deber de Cuba de apoyar a los movimientos revolucionarios nacionalistas y a los gobiernos amigos del Tercer Mundo, Castro no hace concesiones respecto a los principios por conveniencia económica o política". (como se citó en Gleijeses, 2015, p. 447).

Sin embargo, el mito de una Cuba satélite de la Unión Soviética en África y otras partes del mundo fue alimentado por el gobierno estadounidense. Lo cierto es que el involucramiento de la Isla en las luchas del Tercer Mundo fue una herejía no solo para los Estados Unidos, sino también frente a la propia URSS y a su manera de entender el mundo

y el papel del campo socialista en él, visiones en las que hubo convergencias, pero del mismo modo no pocas divergencias.

En la política exterior cubana y en las relaciones bilaterales con Estados Unidos y los países capitalistas occidentales, el líder cubano aportó su capacidad para la flexibilidad táctica, el diálogo y la posibilidad de cooperación, sobre la base del respeto mutuo, pero en las cuestiones de dignidad y libertad, era espinudo, como un erizo, y recto, como un pino. Más allá de la confrontación con los distintos gobiernos de Estados Unidos, al pueblo estadounidense expresó siempre su respeto y solidaridad y logró inculcar esos sentimientos al pueblo cubano. Fidel fue un antiimperialista convencido, pero jamás antiestadounidense.

II

Desde el punto de vista de la praxis revolucionaria el primer aporte de Fidel al mundo y a las relaciones internacionales fue la propia Revolución Cubana. El proceso cubano, totalmente autóctono, constituyó un parteaguas en la historia del continente. Al asumir de inmediato un cambio real y profundo en favor de la justicia social, el triunfo y sobrevivencia de la Revolución se convirtió en un desafío y ejemplo inadmisible para la hegemonía de Estados Unidos en lo que consideraba su "traspatio seguro".

La idea de que sí era posible romper las cadenas del neocolonialismo, que era posible liberarse de la subordinación y del orden establecido por los centros del poder e intentar un camino propio, totalmente independiente y soberano, tanto desde el punto de vista doméstico como en política exterior, constituyó también una de las mayores herejías del siglo XX en el escenario internacional, sobre todo, teniendo en cuenta el papel que estaba destinado a la Mayor de las Antillas dentro del orden mundial establecido, a las puertas mismas de la potencia líder del sistema capitalista. Fidel tuvo entonces no solo que enfrentarse y vencer a la dictadura de Fulgencio Batista apoyada por Washington, sino también a las teorías y supuestas verdades inobjetables, que fundamentaban la idea del fatalismo geográfico y el "imposible histórico" de una Revolución verdadera en la Isla.

La resistencia y logros de Cuba, en seis décadas de Revolución, a pesar de la hostilidad permanente de los distintos gobiernos de Estados Unidos, en su desesperación por destruir el "mal ejemplo" cubano, ha abierto una brecha de esperanza e inspiración para todos los que luchan por cambiar el "desorden mundial" existente. Fidel hizo de Cuba faro y guía para los que luchan en cualquier parte del mundo por la justicia y total liberación humana.

Sus legados, tanto en ideas como en la praxis revolucionaria, trascienden las fronteras de la Isla. Podemos encontrarlo con mucha fuerza en África, "la causa más bonita de la humanidad", al decir de Fidel. No en balde, en julio de 1991, Nelson Mandela visitó La Habana y rindió sentido homenaje a la colosal y hermosa epopeya cubana de solidaridad con los pueblos de África: "*Hemos venido aquí",* dijo, "*con el sentimiento de la gran deuda que hemos contraído con el pueblo de Cuba. ¿Qué otro país tiene una historia de mayor altruismo que la que Cuba puso de manifiesto en sus relaciones con África*"? (Mandela, como se citó en Gleijeses, 2009, p. 79).

También en América Latina y el Caribe el papel de Fidel y Cuba ha sido muy destacado en la puja por el nacimiento de un mundo nuevo, diferente y superior al existente. Con avances y retrocesos, la historia del continente nunca será igual después del paso victorioso de Fidel Castro y la Revolución Cubana. El rasguño en la piedra de la dominación yanqui continúa abierto y resulta inexorable su profundización. Luego del triunfo cubano, las luchas y experiencias revolucionarias se multiplicarían al sur del continente, ejemplo de ello sería la que encabezaría Salvador Allende en Chile, el triunfo de la Revolución Sandinista en

Nicaragua en 1979 y, con la llegada de Hugo Chávez al poder en Venezuela en 1999, la llama redentora alcanzaría una fuerza inusitada.

La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) fueron parte de las principales creaciones y alternativas integracionistas de esa nueva época, sin la presencia y control de Estados Unidos, donde estuvo también la contribución notable del Comandante en Jefe, como había estado antes en la creación del Foro de Sao Pablo, la Red de Artistas, Intelectuales y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad y en la derrota del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), iniciativa propuesta por el gobierno estadounidense para afianzar su dominio económico y político en la región.

Lo mismo pudiera decirse de lo que significó Fidel y la Revolución Cubana en la historia contemporánea del continente asiático. Sobresale en ese sentido la relación con Viet Nam, país al que Fidel y el pueblo cubano brindaron ayuda en momentos cruciales de su lucha por la total liberación enfrentado a la criminal agresión estadounidense. Fidel Castro sería el primer y único Jefe de Estado que visitara Quang Tri en septiembre de 1973, zona liberada del Sur, en plena guerra, allí en gesto de especial simbolismo alzó la bandera del frente de liberación junto a los combatientes vietnamitas.

"Y en el pensamiento del Che y de los que con él cayeron gloriosamente en Bolivia –expresaría Fidel el 3 de junio de 1969-, entre sus motivaciones, estaba ocupando un lugar importante el sentimiento de solidaridad hacia el pueblo de Viet Nam. De manera que al caer no cayeron solo luchando por la libertad de los pueblos de América: ¡Cayeron también, derramaron su sangre también por la causa del heroico pueblo de Viet Nam"! (Castro, 1969).

III

Tanto para amigos como para no pocos de sus adversarios Fidel es recordado como uno de los estadistas mundiales más destacados de la historia, muchas veces profético sobre problemáticas globales que, más allá de ideologías y sistemas políticos, conciernen a toda la humanidad, como pasajeros todos que somos de un mismo barco.

> Luchamos por los más sagrados derechos de los países pobres –destacaba Fidel-; pero estamos luchando también por la salvación de ese Primer Mundo, incapaz de preservar la existencia de la especie humana, de gobernarse a sí mismo en medio de sus contradicciones y egoístas intereses, y mucho menos de gobernar al mundo, cuya dirección debe ser democrática y compartida; estamos luchando –casi puede demostrarse matemáticamente- por preservar la vida en nuestro planeta. (Castro, 2000).

En el marco de las Naciones Unidas, en el Movimiento de Países No Alineados, Cumbres Iberoamericanas y otras reuniones de relevancia internacional, Fidel alzó su voz para denunciar o abordar temas como: la paz; el desarme nuclear y armamentístico; el sistema capitalista e imperialista, así como el colonialismo cultural que este genera; la lucha contra la desigualdad, la discriminación, el hambre y la miseria; el irrespeto al derecho internacional y a la Carta de las Naciones Unidas; la defensa del medio ambiente y la supervivencia de la especie humana; los derechos humanos y su manipulación política; la defensa de los pueblos originarios, sus identidades y culturas; el robo de cerebros; la injusta e impagable deuda externa de los países de América Latina y el Caribe; el neoliberalismo, como expresión del capitalismo salvaje; la necesaria integración de América Latina y el Caribe; la defensa del multilateralismo y la necesidad de democratizar el sistema de Naciones

Unidas; la defensa de la causa palestina y del pueblo saharaui, entre muchos otros. Sus ideas sobre estos tópicos poseen total vigencia y se convierten hoy en banderas de lucha, sobre todo, cuando vemos la vertiginosa agudización de muchas de las problemáticas que están poniendo en riesgo la sobrevivencia misma de la especia humana y, sobre las que, en una y otra vez, llamó la atención el Comandante, convocando a un cambio urgente de paradigma civilizatorio, donde realmente se colocara al ser humano en el centro de todos los procesos.

Sin duda, Fidel sigue y seguirá viviendo en cada victoria del pueblo cubano, así como en ese espíritu rebelde y optimista que, a la hora de enfrentar cada obstáculo, caracteriza al pueblo cubano. Sus ideas y legado revolucionario, no son solo referente para los revolucionarios cubanos, sino también para los que luchan en cualquier rincón del mundo.

Referencias

Alape, Arturo. (2008). *Fidel y el Bogotazo*. Casa Editora Abril.

Castro Ruz, Fidel. (2007). *La Historia me Absolverá*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Castro Ruz, Fidel. (22 de diciembre de 1975). Discurso pronunciado por el comandante en Jefe en la clausura del I Congreso del Partido. Departamento de versiones taquigráficas del Consejo de Estado. http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1975/esp/f221275e.html.

Castro Ruz, Fidel. (24 de diciembre de 1977). Conclusiones de Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, en el Segundo Período Ordinario de Sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el teatro Karl Marx. Departamento de versiones taquigráficas del Consejo de Estado). www.cuba.cu/gobierno/discursos/1977/esp

Castro Ruz, Fidel. (3 de junio de 1969). Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe, Fidel Castro en el resumen del acto de solidaridad con Viet Nam del Sur, en ocasión de la visita del compañero Tran Buu Kiem, efectuado en la Plaza de la Revolución.

Castro Ruz, Fidel. (14 de abril de 2000). Discurso pronunciado en la sesión de clausura de la Cumbre Sur, Palacio de las Convenciones, La Habana, Cuba. http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2000/esp/f140400e.html

Díaz Canel Bermúdez, Miguel. (24 de diciembre 2019). Discurso pronunciado en el acto por el aniversario 60 del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (MINREX), en la Sala Universal de las FAR, el 23 de diciembre de 2019. Granma.

Gleijeses, Piero. (2015). *Visiones de libertad. La Habana, Washington, Pretoria y la lucha por el sur de África (1976-1991).* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Tomo II.

Gleijeses, Piero. (2009). *La epopeya cubana. La visión del mundo de Fidel Castro.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Ramírez Cañedo, Elier y Esteban Morales Domínguez. (2014). *De la confrontación a los intentos de normalización. La política de los Estados Unidos hacia Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Vitier, Cintio. (2012). Discurso de Intensidad, en: Resistencia y Libertad, Centro de Estudios Martianos, La Habana.

Fidel y el mundo del futuro

Jaime Ortega Reyna[*]

La relación a partir de vínculos asimétricos entre las naciones fue uno de los tópicos más recurrentes en el pensamiento y práctica política de Fidel: en un movimiento que puede ser calificado enteramente como dialéctico, encaró el problema a partir de negar las condiciones más lacerantes de la división social global, conservando los elementos sustanciales para el ejercicio de los derechos de los pueblos y afirmó la posibilidad de una nueva concepción de las relaciones entre pueblos y Estados.

Desde muy temprano de su papel como líder popular y de conductor del proceso revolucionario, Fidel emplazó tanto la soberanía nacional y popular como elemento clave de la autodeterminación, como la necesidad de incentivar la inversión y el desarrollo, proceso que, por diversos motivos, se vio interrumpido. Así, en la plaza pública cubana reclamó en 1959: "compatriotas, el derecho, el respeto al pueblo de Cuba, el derecho a nuestra soberanía, es el que vamos a defender con nuestra presencia multitudinaria." (Castro, Fidel, 1982, p. 10). Convencido de que la condición soberana no era regalo ni dádiva, sino derecho, ejercido a partir de las grandes mayorías del pueblo, planteó la posibilidad de salir de la dicotomía que las elites vasallas suelen usar: o gobierno corrupto o pérdida de capacidad de decisión (Castro, Fidel, 1982, p. 6).

Contrario a lo que la retórica "anti-castrista" (sea eso lo que sea), al estilo de Andrés Sorel o Carlos Alberto Montaner han tratado de difundir, como un irracional antiimperialismo o incluso una gratuita pulsión antiestadounidense, Fidel llamó siempre a la cooperación entre naciones. En un discurso en pleno 1959, en Buenos Aires, convocó a la ayuda de la siguiente manera: "Hemos invocado la palabra cooperación, porque estamos conscientes de que cada uno de nosotros poco o nada puede hacer por sí mismo en favor del desarrollo económico. Todos estamos conscientes de nuestra impotencia." (Castro, Fidel, 2016, p. 13). Más adelante insistió, frente a cualquier sospecha de rechazo sobre los Estados Unidos:

> El primero pudiera ser una solución, que nosotros pudiésemos vender libremente todos nuestros productos; que el país más industrializado, que es Estados Unidos —y, después de Estados Unidos, Canadá, pero nuestras relaciones comerciales son fundamentalmente con Estados Unidos—, suprimiera todas las restricciones que afectan a nuestros productos básicos, a nuestros productos primarios y, al suprimir estas restricciones, al suprimir los subsidios a aquellos artículos que compiten con nosotros, poder vender todos nuestros productos y obtener en la cuantía necesaria la divisa y el oro para poder movilizar esos recursos. (Castro, Fidel, 2016, p. 17).

Colocada así, Fidel reclamó la cooperación internacional, la posibilidad del comercio y, sobre todo, el llamado al trabajo cooperativo entre naciones. Después vino la invasión a Playa Girón y el convencimiento de que ese camino había sido clausurado por la irracional respuesta norteamericana al ejercicio de la soberanía cubana. Sin embargo, siguiendo con Fidel, es posible sostener que su ánimo no amainó en lo que respecta a una cooperación global real, pese a la terrible agresión a la que Cuba fue sometida, primero con Girón, después con incesantes violaciones a su espacio aéreo y con el bloqueo económico cuyo carácter unilateral y extraterritorial resulta una afrenta para las relaciones de igualdad entre Estados.

---

[*] Politólogo. Integrante del GT "Historia y coyuntura: perspectivas marxistas" y de "Izquierdas: teoría y praxis" de CLACSO. Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco.

Así, lo veremos en diversas ocasiones forjando una concepción alternativa de los vínculos entre naciones. Primero, en el Movimiento de Países No Alineados, en cuyas características y desarrollo no entraremos ahora, pero sí en la posición pública que ahí sostuvo. Reclamaba ahí la necesidad de superar la condición de subdesarrollo, mediante un conjunto de estrategias que no repitiera la forma expoliadora del colonialismo capitalista. Lo mismo frente a la XXV Reunión del Consejo General de la Federación Sindical Mundial:

> Y no hablo de donaciones o regalos, ni tampoco de inversiones directas, porque ello repetiría la historia del imperialismo, sino de créditos en condiciones adecuadas para el desarrollo de los países que lo necesitan y siempre, por supuesto, que esos países dediquen los fondos verdaderamente al desarrollo en beneficio de sus pueblos y no en interés de minorías exiguas o monopolios extranjeros" (Castro, Fidel, 2016, p. 85).

Cuando Fidel pedía cooperación para el desarrollo no limitaba a los países del Tercer Mundo a un mero reservorio de materias primas, pero también era cuidadoso al señalar la posible corrupción de elites locales.

El tercermundismo no era un campo homogéneo, pese a la aparente unidad de fines que tenían todas las nuevas naciones. Los conflictos entre países débiles eran aprovechados por fuerzas poderosas, y estos iban de la división entre países petroleros y no petroleros, hasta la tensión respecto a las alianzas con el otrora mundo socialista. La explicación estándar de los historiadores sobre la defensa que Fidel hacía del campo socialista adquiere una tonalidad entre maliciosa o ingenua, pues desde que el economista Carlos Mesa-Lago señaló que la revolución cubana, en su cristalización estatal, se había "institucionalizado" en una forma "sovietizante" (Mesa-lago, Carlos, 1979) aquella interpretación ha sido repetida acríticamente, tanto por liberales como por trotskistas. Desde el establecimiento canónico de aquella interpretación, se ha considerado como un efecto cuasi-imperialista, de "colonización" o de conversión en "satélite", sin mirar puntos medios, matices o posibles puntos de fuga y mucho menos la decisión de sectores internos de hacer esto. Es como si los académicos latinoamericanos entronizados en el sistema universitario norteamericano, adoptarán por ósmosis la idea de que el mundo socialista ya fenecido era el verdadero "imperio del mal" y no, como lo fue, un sistema de Estados con una visión diversificada frente al hegemón estadounidense, con la misma legitimidad de actuar y accionar por el mundo que los Estados Unidos o Europa. Por el contrario, otras visiones han destacado que no se trataba de "subsidios", sino de un vínculo diferenciado al tradicional en el mercado mundial capitalista, cuestión que no eximió las crisis y contradicciones, algunas de ellas señaladas por el propio Fidel en repetidas ocasiones y desde tiempos tempranos (Miná, Gianni, 1988, p. 137)

Nada más alejado de la realidad de aquella acrítica visión del "satélite", pues pese a la adopción de formas equivalentes de gestión estatal, aprendidas y después criticadas (Castro, Fidel, 1992, p. 172) en la medida en que se tendió a reconocer que no todas las experiencias socialistas (el caso referido era el de Polonia) habían partido de una necesidad de los pueblos, sino que tenían bastante de imposición y por tanto de falta de legitimidad (Miná, Gianni, 1991). El reconocimiento de los fallos, de los dogmatismos, de los "quinquenios grises" o "decenios negros", no es innovación de los críticos del exterior, sino consecuencia misma de la lucha política interna, tan real como efectiva en la reorganización constante del modelo cubano: negar la existencia de la política misma, solo fortalece las unilaterales y trasnochadas versiones sobre el "totalitarismo" o la "dictadura", conceptos tan populares como desatinados. Mal hacen los historiadores que ven la lucha política como una falta de madurez o un error de juventud y no dan la dignidad al proceso político que, en medio

de asedios que pocos países han vivido en la historia reciente, ensayó vías de desarrollo. Su superación es también parte de la lucha política y del reacomodo, como en cualquier otro Estado.

Fidel sostuvo siempre que la revolución como proceso socialista provenía de las propias necesidades que la isla enfrentaba y ello lo llevó a diseñar la interpretación de que la revolución cubana había sido una sola desde 1868 (Castro, Fidel, 1975). Era esta la razón por la que insistió, en repetidas ocasiones que: "la revolución no se puede importar ni exportar; un Estado socialista no se puede fundar por inseminación artificial o simple trasplante de embriones. La revolución necesita las condiciones propicias para ello en el seno de la propia sociedad, y sólo cada pueblo puede ser su propio creador." (Castro, Fidel, 1990, p. 14) o, como también dijo en el momento de altas tensiones de Estados Unidos con Nicaragua y Granada: "Ni Cuba puede exportar la revolución, ni Estados Unidos impedirla" (Castro, Fidel, 1984)

Como han señalado especialistas, hay que ser cuidadosos para no confundir el proceso histórico real, con "la principal fuente del lenguaje político del poder" (Rojas, Rafael, 2019), que es la palabra hablada de Fidel. Sin embargo, como bien se sabe en las alturas del conocimiento histórico, es posible distinguir los procesos políticos con sus múltiples complejidades y contradicciones, de las concepciones específicamente desarrolladas en el terreno político-intelectual, siempre en tensión y diálogo con la realidad, aun de un dirigente. De tal manera que la acepción de Fidel, sobre distintos campos de la vida política, puede ser interpretada en autonomía relativa a la forma concreta del Estado y sus instituciones, pues lo que permiten los usos de la historia es realizar una abstracción de lo concreto de cada coyuntura, sin abandonar la perspectiva teórica o concepción de largo plazo. Y ello nos permite volver al hilo de la exposición, en donde la defensa del mundo socialista, pese a las diferencias y dificultades experimentadas en la década de 1960 (especialmente en la llamada "Crisis de octubre") era persistente y no por dogmatismo, sino por una realidad tangible.

Y esto era por una razón que Fidel identificaba como una clave para un mundo más justo: la superación del intercambio desigual como mecanismo fundamental de las relaciones internacionales. La concepción del líder revolucionario de los vínculos entre naciones no abandonaba la persistente jerarquía económica, la tradicional expoliación ("filosofía de conquista" o "filosofía del imperialismo", les llamó desde Nueva York) de recursos naturales y, sobre todo, la diferenciación al momento del intercambio internacional. Así, mientras que los críticos contemporáneos ven "sovietización" o los anticomunistas del Movimiento de No Alineados un "imperialismo rojo"; Fidel argumentaba que entre los países socialistas se forjaba una relación donde era posible desaparecer el intercambio desigual. Si esto ocurrió en la realidad, es algo propio de la interpretación desde marcos teóricos, que no atañe a la idea central que el líder sostiene: hay que lograr un mundo donde los términos del intercambio no se deterioren y donde los vínculos no lleven a desventajas entre países ricos y los que no lo son.

Si bien la evaluación de la forma económica concreta puede ser mirada críticamente, especialmente tras el escaso desarrollo industrial de la isla, dado el persistente asedio, la imposibilidad de acceso a divisas internacionales y el cerco que impedía o dificultaba el comercio internacional, el punto que nos interesa es que era posible, en medio de aquellos nubarrones, cultivar relaciones comerciales no desfavorables en lo inmediato.

Ello llevó a Fidel, frente a la crisis del modelo socialista europeo a inicios de la década de 1980 a profundizar dicha acepción, pero ya no con respecto a sus socios principales. Se trató del viraje estratégico en su discurso público, como líder de una opción política diferente

en el continente, a través de la lucha contra la deuda externa. Este es un capítulo fundamental de la biografía intelectual de Fidel que, seguramente en los años venideros, será estudiado dadas las implicaciones de gran alcance al solicitar la fundación del Orden Internacional y al sugerir una alianza de amplio calado, independientemente de las adscripciones ideológicas. A manera de broma, Fidel contaba que si en un barco iban marxistas, cristianos, extremas derechas y este se hundía, no se iban a cuestionar su adscripción en la búsqueda de salvación (Castro, Fidel, 1985c, p. 27).

La síntesis política de aquel proceso versaba sobre la imposibilidad real de pagar la deuda externa, pero sobre todo la inmoralidad que significaba la búsqueda de su cobro, pues ello significaba un gran desgarro para los países latinoamericanos. No es casual que a inicio de aquella década, con un tono que pudiera parecer apocalíptico pero resultó constatable ante los "shocks" neoliberales, Fidel alertó "Si el presente es trágico, el futuro se avizora tenebroso" (Castro, Fidel, 1981, p.13). Ello no era un alarmismo gratuito, pues quedaba enmarcada su previsión en un proceso acelerado de deterioro creciente de los términos del intercambio y el recambio económico global. En una entrevista dada a periodistas norteamericanos, insistía: "En el año 1984 que acaba de transcurrir, por el deterioro de las relaciones de intercambio, es decir, por la forma en que han bajado los precios de los productos latinoamericanos de exportación, o han subido los de los que reciben de los países industrializados, con relación al año 1980, se les pagó a los pueblos de América Latina, es decir, se les entregó 22% menos de productos por cantidades iguales de sus exportaciones que cuatro años antes; por esa vía les privaron de 20 000 millones de dólares." (Castro, Fidel, 1985, p. 32). Un tiempo después, volvía sobre el tema, de manera coherente y en clave de engarzar los distintos problemas, asumiendo que la dinámica capitalista demandaba esa posición de exigencia, pese a que "los acreedores son fundamentalmente bancos privados", ante lo que decía "la solución será que los países industrializados se hagan cargo de eas deudas ante sus bancas privadas" (Castro, Fidel, 1985b, p. 79)

Creo que estamos pagando con esos intereses y con este intercambio desigual, con esos 20, 000 millones que nos robaron en el el año 1984, cuando exportamos 95, 000 millones de Dólares y nos pagaron 20, 000 millones menos de lo que valía en 1980, pues cada vez damos más y nos pagan menos; nos esforzamos, nos reventamos por exportar, y lo que exportamos vale menos. Y entonces, ¿en qué se está invirtiendo eso? En el rearme, en la carrera armamentista. Entonces, la idea es que esto debe asociarse, tal como está planteado en esas tesis; la asociación de la lucha contra la deuda externa, por el Nuevo Orden Económico Internacional y por el desarrollo, vinculada estrechamente a la paz, multiplicará su fuerza; porque aún allí en el seno de los países industrializados, millones y decenas de millones y cientos millones de personas estarían dispuestas a apoyar (Castro, Fidel, 1985a, p. 25)

Sin embargo, el diagnóstico más acabado que Fidel enunció quedó plasmado un poco antes de estas palabras, en el libro de 1983 *La crisis económica y social del mundo Sus repercusiones en los países subdesarrollados, sus perspectivas sombrías y la necesidad de luchar si queremos sobrevivir* mismo que apareció al momento de comenzar la crisis de la deuda, la década perdida y, por tanto, el salvaje viraje neoliberal signado por el despojo, la privatización y la precarización de las formas de vida. Esto que se vivió nacionalmente con especificidades, no era otra cosa sino un movimiento general de la época, donde el capital colonizaba los mundos de la vida, destruyendo antiguos pactos, acuerdos y arreglos de protección -por mínimos que estos fueran- en pos de la ganancia, la mercantilización y el dominio pleno de lo privado. El mundo globalizado no dejaba de ser jerárquico, sino que

colocaba un nuevo modelo en función de esas diferencias de poder. En aquel documento, Fidel analizaba los obstáculos para la cooperación económica entre los países del "Tercer mundo"; sin embargo, insistía en la necesidad de avanzar gradualmente en esta, sobre todo en sectores que eran de interés común, como el alimentario, el de la salud y de la educación. Que fuera este trípode de elementos el enfatizado por el líder revolucionario, es ya digno de ser señalado, pues contrata con la versión típicamente extracto a de la idea de inversión.

Una vez realizado este recorrido, podemos volver remitir a la indudable actualidad de las ideas del líder revolucionario, no sólo porque el mundo se constata como profundamente desigual, las prácticas de "dumping" siguen favoreciendo a los grandes países capitalistas, los productores locales y los mercados nacionales son poco protegidos ante la precarización de la función estatal tras el vendaval neoliberal, y, el intercambio desigual sigue siendo una ley; ni que hablar de la escasa soberanía que muestran muchos de nuestros países en temáticas que toman un cariz de drama y tragedia: alimentario, energético y ahora, también, de datos.

Frente a ello podemos recordar el ánimo internacionalista que animó a Fidel. Primero, porque adelantó en aquellos años la noción que hoy se aborda con soltura desde medios académicos como "Norte Global" o "Sur Global": "Para nosotros, por así decirlo, el Norte se identifica totalmente con los países antiguamente colonizadores y, en general, actuales neocolonizadores e imperialistas que todavía conservan una posición de dominio sobre la economía de numerosos estados de África, Asia y América Latina, que constituyen, desde luego, el simbólico Sur" (Castro, Fidel, 2016, p. 126). Este reconocimiento, colocado a tono cuando la contradicción entre capitalismo y socialismo comenzaba a desvanecerse, se inserta en un planteamiento más amplio. Fidel era un político nacional-revolucionario, si por ello entendemos la conquista de la soberanía de una nación que, al desplegar reformas de distinto grado enfrentaba a poderosos intereses internos; pero entendía que para la autodeterminación de un pueblo pudiera ser posible, era requisito indispensable que todos los pueblos lo fueran. La ayuda cubana a la descolonización de África, pese a los costos y consecuencias, es notable en ese sentido. Era esto lo que lo llevaba a rechazar el "nacionalismo" a secas, es por ello que en una notable intervención aclara:

> El nacionalismo es fuerte. A mí me choca cuando veo que crudamente los políticos defienden, exclusivamente, el interés nacional. Y creo que es una frontera estrecha; somos marxistas, creemos serlo, y el marxismo toma en cuenta el sentimiento patriótico y el sentimiento nacional, que fue un gran avance en su tiempo. Y yo creo que, incluso, sigue desempeñando un gran papel y debe desempeñar todavía un gran papel; porque en la lucha contra el colonialismo y contra el neo-colonialismo, ese sentimiento nacional desempeñó un papel importante, y yo digo que todavía es una idea progresista, cuando el país defiende sus intereses nacionales frente a una opresión extranjera; pero yo diría que es hora de tránsito, y para nosotros es de tránsito hacia sentimientos más avanzados; debemos pensar no sólo en términos nacionales, sino en términos internacionales, en términos mundiales, se puede decir. (Castro, Fidel, 1983a, pp. 51-52)

La acepción de la liberación nacional, entendida como un proceso global y generalizado de países que sufrían el colonialismo o el neocolonialismo, no es un dato baladí. La existencia contemporánea de elites vasallas, que convierten a los Estados en meros espacios de suministros de materias primas para el proceso de reproducción del capital, nos evoca ese momento. Si bien las cosas han cambiado radicalmente en su forma, el cúmulo de contradicciones sigue vigente: cómo lograr que los pueblos, comenzando por sus recursos

comunes, logren un mínimo de soberanía y ella se convierta en posibilidad de independencia política y económica; que redunde en una mejor condición para la población.

Fidel, más allá de las múltiples batallas y contradicciones de su tiempo, entrega una guía, pertinaz y clara, de las posibilidades de un rumbo del globo. No por otra vía que la que marcó en su juvenil discurso *La historia me absolverá*: la justicia. Y es que, a decir de René Depestre, aquel opúsculo entregó un "discurso del método de la descolonización" (Depestre, René, 1975, p.53) y por ello habría que entender, no otra cosa, que una justicia global, plena, total y cabal.

Referencias

Depestre, René. (1975). "El asalto al Moncada: revés victorioso de la revolución latinoamericana", en El asalto al Moncada y la revolución latinoamericana. México: Nuestro Tiempo.

Castro Ruz, Fidel. (1975). *Porque en Cuba solo ha habido una revolución*. La Habana: Partido Comunista de Cuba.

Castro Ruz, Fidel. (1981). *Discurso, 68 Conferencia de la Unión Interparlamentaria*. La Habana: Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1982). *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*. Volumen 1. La Habana: Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1983). *La crisis económica y social del mundo Sus repercusiones en los países subdesarrollados, sus perspectivas sombrías y la necesidad de luchar si queremos sobrevivir*. México: Siglo XXI.

Castro Ruz, Fidel. (1983a). *Conversaciones con periodistas franceses y norteamericanos*, La Habana, Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1984). *Ni Cuba puede exportar la revolución, ni Estados Unidos Impedirla*. La Habana, Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1985). *Nada podrá detener la marcha de la historia*. La Habana: Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1985a). *Esta deuda no solo es impagable, sino que ya, además, es una deuda incobrable*. La Habana: Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1985b). S*obre la deuda impagable de América Latina, sus consecuencias imprevisibles y otros temas de interés político e histórico. Entrevista concedida a la agencia EFE*. La Habana: Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1985c). *Encuentro sobre la situación de la mujer en América Latina y el Caribe hoy*. La Habana: Editora Política.

Castro Ruz, Fidel. (1990). *En la trinchera de la revolución*. La Habana: Editorial José Martí

Castro Ruz, Fidel. (1992). *Un grano de maíz: entrevista con Tomás Borge*. México: FCE.

Castro Ruz, Fidel. (2016). *La crisis de América Latina, diagnóstico y soluciones*. La Habana: Editora Política.

Mesa-Lago, Carmelo. (1979). *Dialéctica de la revolución cubana del idealismo carismático al pragmatismo institucionalista*. Madrid: Playor.

Rojas, Rafael. (2019). "El concepto de revolución en Cuba". *Prismas*, Vol. 23, No. 2, pp. 189-196.

Fidel y la Estrategia de defensa de Cuba. Una fórmula revolucionaria y vigente

Loreta Telleria Escobar*

"Somos el primer país socialista en el hemisferio occidental,
el primer país socialista en América Latina, el último en
liberarnos de España, el primero en liberarnos del imperialismo
yanki, el primero en establecer el dominio pleno sobre sus propias
riquezas, el primero en desacatar sus órdenes, el primero en desafiarlo,
el primero en llevar a cabo la más profunda de las revoluciones
sobre nuevos conceptos, nuevas ideas, nuevos valores"
Fidel Castro, 1988

Desde mediados del siglo XX, Estados Unidos estructuró un sistema militar de intervención en toda la región de América Latina y el Caribe (ALyC). Este sistema, compuesto por una doctrina, un marco jurídico institucional, mecanismos de acción y objetivos precisos, se desplegó sistemáticamente a lo largo de todo el hemisferio, salvo Cuba, que desde el 1º de enero de 1959 hasta la actualidad, ha sido la excepción a la regla de la dependencia militar latinoamericana.

¿Qué caracteriza a la estrategia de defensa de Cuba que ha logrado mantenerse en el tiempo y desafiar al más grande y feroz imperio de la humanidad?

Si bien son varios los elementos a examinar, a continuación se intenta describir algunos de ellos, no perdiendo de vista que el más importante factor de resistencia cubana no radica en lo militar, sino en la enorme mística de lucha por la libertad que imprimió Fidel a la Revolución, no sólo de Cuba, sino de toda Nuestra América.

Origen del pensamiento militar de Fidel Castro

La segunda mitad del siglo XX, marca en ALyC el nacimiento de una disruptiva forma de manejar los temas de defensa. En un escenario caracterizado por los inicios de lo que se denominó el Sistema Interamericano de Defensa (JID, TIAR y OEA), cuyo objetivo era homogeneizar las fuerzas armadas de la región bajo la Doctrina de Seguridad Nacional de Estados Unidos, el triunfo de la Revolución Cubana se convirtió en un paradigma de autonomía militar anti imperial sin precedentes.

Esta proeza, encabezada por Fidel Castro, estuvo anclada en tres dimensiones, tal como lo expuso en varios de sus discursos, entrevistas y artículos: la histórica, la práctica y la ideológica. La primera dimensión, da cuenta del interés que siempre despertó en él la historia, tanto política como militar. De allí, que las luchas de los pueblos originarios contra el dominio colonial, las guerras de los ejércitos libertadores de América y las guerras en Cuba y fuera de Cuba (España), le provocaban una gran curiosidad por conocer el pensamiento estratégico y táctico militar de cada una de ellas, así como el accionar de sus líderes. Uno de ellos fue Simón Bolívar, de quien aseveraba: "…tengo una gran colección de libros sobre Bolívar, siento una admiración infinita por Bolívar. Considero a Bolívar el más grande personaje dentro de los grandes personajes de la historia, el hombre de las dificultades, el hombre que venció todos los obstáculos" (Borge, 1991, p. 268).

* Integrante del GT CLACSO "Estudios sobre Estados Unidos". loretatelleria@yahoo.es

Por su parte, la dimensión práctica, se inició en 1947, en la organización de la frustrada expedición de Cayo Confites, con el fin de liberar a República Dominicana del dictador Rafael Trujillo; continuó con el Bogotazo en 1948, y se gatilló en el Moncada el 26 de julio de 1953. De allí para adelante, la concepción estratégica de la guerra irregular empezó a tomar forma y se consolidó, no solo en la Guerra de Liberación Nacional que determinó el triunfo revolucionario, sino en su extensión a Girón, la Crisis de Octubre, las Misiones Internacionalistas y a la sistemática defensa militar de la Isla.

No obstante, ni historia, ni práctica hubieran tenido solidez sin la dimensión ideológica que, de acuerdo a Fidel, estuvo marcada por el marxismo, el leninismo y su ideal socialista:

> Fue el marxismo-leninismo lo que nos alumbró, lo que nos hizo ver con claridad; fue el marxismo-leninismo, la interpretación correcta de nuestra realidad lo que hizo posible la victoria, y fue la aplicación consecuente de sus principios lo que le dio contenido, grandes objetivos sociales históricos a nuestra lucha (Castro, 1988).

Doctrina militar revolucionaria

Si bien la doctrina militar de la Revolución cubana ha atravesado distintas etapas a través de su desarrollo histórico, cada una con sus peculiaridades (Nieto, 2017), la concepción estratégica de la Guerra de Todo el Pueblo (GTP), construida por Fidel Castro a finales de la década de los setenta del siglo XX, pudo subsumir el bagaje doctrinal previo y construir los mecanismos necesarios para su conservación frente al asedio estadounidense. La GTP, se convirtió en una doctrina de defensa y seguridad en un escenario de invasión o guerra, con el fin de garantizar la independencia cubana.

Esta Doctrina militar hace que confluyan en su operacionalización una serie de objetivos, actores, formas de lucha y valores. Su objetivo principal es mantener la independencia y soberanía cubana. Para ello, es necesario estar preparados frente a un ataque militar o invasión de Estados Unidos, país que tiene el ejército más poderoso del mundo. Su propósito, es combatir hasta las últimas consecuencias, incluyendo el supuesto caso extremo de ocupación total del territorio por dicho enemigo (Nieto, 2017, p. 10).

Los actores que dan forma a la Doctrina, son las Fuerzas Armadas Revolucionarias, junto a todas las estructuras de seguridad y producción en general, que conforman la República cubana. Parte importante de esta estructura son las Milicias de Tropas Territoriales (MTT), creadas en la década de los ochenta del siglo XX, como herederas de lo que fueron las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR) de la década de los sesenta, que tan exitosamente defendieron los ataques contrarrevolucionarios en los primeros años de la Revolución.

Asimismo, esta Doctrina militar comprende dos formas de hacer la guerra: la regular para la lucha de posiciones y la irregular para la lucha guerrillera. En palabras de Fidel, “se trata de combatir en cada rincón, sin frentes definidos, puesto que el frente estará en cada lugar y punto en que esté el enemigo” (1990, p. 98).

Finalmente, y no de manera exhaustiva, esta Doctrina defiende valores fundamentales. Uno de ellos es la no rendición, que es sustentado y justificado históricamente por las palabras atribuidas a Antonio Maceo, quien fuera lugarteniente general del Ejército Libertador a finales del siglo XIX: “Quien intente apoderarse de Cuba, recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la contienda”. Como decía Fidel, mientras hubiera en Cuba un solo hombre en pie y un solo fusil en sus manos, no terminaría la batalla por la

libertad. Esto fue visiblemente comprobado, con la resistencia revolucionaria tras la desaparición de la Unión Soviética, así como con la actual embestida genocida realizada por el gobierno de Donald Trump.

Otro valor digno de resaltar, es el respeto por la integridad física y moral del adversario, que el Comandante reprodujo e inculcó durante toda su vida de combatiente, dentro como fuera de Cuba. A esto se debe sumar la solidaridad, expresada en su internacionalismo, así como la búsqueda de paz, una paz que "no se conquista con claudicaciones ni concesiones a la agresividad imperialista" (Fidel Castro en Acosta, 2020, p. 5).

El internacionalismo como política de defensa externa

Uno de los mecanismos más importantes de la política de defensa cubana fue su labor internacionalista. La ayuda militar que prestó el gobierno cubano a varios países de ALyC y África, fue excepcional. Estas misiones, dirigidas hacia pueblos colonizados y subdesarrollados, supuso la extrapolación de su doctrina militar fuera de sus fronteras, bajo un enfoque solidario con los movimientos de liberación nacional, antiimperialistas y revolucionarios.

Países como Argelia (1963), Congo (1964-1965), Guinea-Bisáu (1965 y 1974), Siria (1973-1974), Angola (1975-1991), Etiopía (1977-1978), Nicaragua (1979-1990), Granada (1983), Bolivia (1967) y otros más, fueron receptores de la ayuda internacionalista militar cubana en sus luchas de liberación. Algunas de ellos, en mayor dimensión como fue el caso de Angola, donde a través de la operación "Carlota", se logró la independencia de gran parte del pueblo africano.

Asimismo, el comandante en jefe, Fidel, condenó públicamente los ataques de Estados Unidos y la OTAN, contra países como Corea, Argentina, Vietnam y Yugoslavia entre otros. La labor internacionalista de Cuba en materia militar, se expresó en todo momento y lugar. Ya sea con armas, condenas a invasiones militares, e incluso, como garante y sede de procesos de paz -como fue el caso del gobierno colombiano y las guerrillas de su país-, la voz cubana siempre se alzó en favor de los débiles.

Espíritu visionario: entre la tecnología y la guerra interminable

Fidel fue un visionarlo, supo anticiparse a los problemas del mundo con una sabiduría sorprendente. En materia militar, entre otras cosas, pudo ver el peligro que supondría el avance de la militarización tecnológica, capaz de automatizar y monetizar las decisiones militares. El año 2009, en su reflexión "El imperio y los robots", se preguntaba: "Si los robots en manos de las transnacionales pueden reemplazar a los soldados imperiales en las guerras de conquista ¿Quién detendrá a las transnacionales en la búsqueda de mercado para sus artefactos? (Capote, 2026).

Quizás su más grande premonición en materia militar, fuera aquella que expuso en junio de 1958, a través de una carta que envió desde la Sierra Maestra, cuando el ejército de Batista bombardeaba y ametrallaba poblaciones con aviones y armas estadounidenses. En la misma decía:

> Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para

mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que este va a ser mi destino verdadero (Castro en Jiménez, 2021)

Y así lo fue. No hubo un solo día, desde que se ganara la Revolución, en que los gobiernos de Estados Unidos conjuren contra ella. De allí la necesidad que vio Fidel de crear una estrategia de defensa propia. Él era consciente, a diferencia de la mayoría de sus pares latinoamericanos, de ayer y hoy, de que "sin defensa no puede haber patria, sin defensa no puede haber independencia, sin defensa no puede haber libertad" (Castro, 1988).

Referencias

Acosta, Jorge, y Mustelier, Yazneicy. (2020). Alguna ideas y reflexiones del pensamiento militar del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. En *Revista Caribeña de Ciencias Sociales*. Febrero 2020. https://www.eumed.net/rev/caribe/2020/02/pensamiento-militar-fidelcastro.html

Borge, Tomás. (1992). *Un grano de maíz*. Oficina de asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Capote, Raúl. (2026). Fidel y la guerra no convencional: una alerta temprana sobre el asalto a la conciencia. En *Granma Internacional*. Año XXII, Nº08, Mayo-junio 2026

Castro Ruz, Fidel. (1988). Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la Plaza de la Revolución, el 5 de diciembre de 1988, "año 30 de la Revolución".

Castro Ruz, Fidel. (1990). *Sobre Temas Militares*. T 1. Imprenta Central de las FAR.

Jiménez, Ángel. (12 de agosto de 2021) Estrategia y táctica en el pensamiento militar de Fidel Castro (I): de Cayo Confites a la Sierra. Cuba Debate. http://www.cubadebate.cu/especiales/2021/08/12/estrategia-y-tactica-en-el-pensamiento-militar-de-fidel-castro-i-de-cayo-confites-a-la-sierra/

Nieto, José. (2017). *El pensamiento militar de Fidel. Magisterio de un jefe guerrillero*. Editorial Feijóo.

Qué me enseñó Fidel

René González Barrios*

Acabamos de conmemorar el centenario de su natalicio, nos acercamos al décimo de su desaparición física, y el hombre, el líder, el revolucionario ejemplar, sigue acompañando y movilizando.

Fidel entró en mi familia, campesina y pobre, como una contagiosa fuerza espiritual. Aquellos ocho guajiritos, mis tíos, a los que mi madre hubo de criar con apenas doce años de edad al quedar huérfana, descalzos, casi analfabetos, encontraron en la prédica ejemplar de Fidel el estímulo transformador de sus vidas. Adolescentes, lo siguieron en el hermoso torbellino de los primeros años de la Revolución.

Mi padre ya lo había hecho antes cuando, llevado por su carácter rebelde, abandonó con apenas 18 años de edad una vida cómoda en la ciudad de Pinar del Río, para tomar las armas contra la dictadura de Fulgencio Batista y concluir la guerra, con esa misma edad, como segundo jefe de una guerrilla. Su vida toda tuvo en Fidel y en el Che Guevara, sus principales fuentes de inspiración.

Nací el primero de mayo de 1961, pocos días después de la victoria de nuestro pueblo a la invasión mercenaria de Playa Girón. De inmediato mi madre se trasladó al batallón que comandaba mi padre en el extremo occidental de la isla de Cuba, en la península de Guanahacabibes, combatiendo incursiones piratas organizadas por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. En el Estado Mayor de ese batallón de combate, viví, con año y medio de edad y mi hermana de seis meses, la Crisis de Octubre o de los misiles como suele llamársele también. Toda la familia dispuesta por Cuba.

En ese ambiente crecí. Fui moldeando mi carácter en la educación revolucionaria que me dieron mis padres, y en la fuerza inspiradora de aquel hombre que representaba los sueños inconclusos de los paladines de nuestra independencia. En Fidel vivían Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez, Calixto, todo el mambisado y todo el espíritu revolucionario de quienes intentaron desterrar de la isla la ignominiosa dominación estadounidense.

Pertenezco pues, a una generación Fidelista y Martiana, que es lo mismo, forjada en la ética y los valores más puros de la Revolución, entre ellos, el sacrificio, la solidaridad, el desinterés, la humildad, el antimperialismo y el amor a la Patria. Una generación orgullosa de su cubanía, que vio en Fidel a un Quijote incansable, indetenible, siempre optimista, para quien no había imposibles. A un hombre que vio en la lucha por la justicia social en cualquier rincón del planeta, una obligación moral y un acicate para el combate.

Por eso lo acompañamos en cada llamado: al estudio, al trabajo, a la producción agrícola, a la defensa de la Revolución, en las misiones internacionalistas, en toda la obra transformadora que lideró e inspiró. Cada discurso, cada reflexión, cada intercambio directo con el pueblo, entre las multitudes, tocando a la gente, escuchando, compartiendo sus vivencias y necesidades, consolidaba su imagen de Padre de una nación orgullosa de sí. Fidel le dio a Cuba un rostro de dignidad, resistencia y valentía que hoy inspira a multitudes de todo el mundo. Les enseñó a los cubanos que al imperialismo no se le teme ni se le hacen concesiones; se le enfrenta con entereza y el valor inspirador de nuestros mártires.

Fidel nos legó un tesoro de ideas y una vida ejemplar. Ello nos impone un compromiso y una enorme responsabilidad. Fue un gigante moral americano. Inspirador de multitudes. Un maestro. Nuestro maestro. Mi maestro.

---

* Director Centro Fidel Castro Ruz

Fidel: homenaje a un legado de futuro*

Darío Salinas Figueredo**

Fidel Castro reúne las cualidades más relevantes de este tiempo desde el punto de vista intelectual y político. Su historia de vida está impregnada de dignidad, inteligencia, convicción y lucha. Evocar el significado de su legado es una tarea tan apasionante como desafiante. Porque interpela en tiempo presente, abriendo preguntas, construyendo respuestas y trazando caminos de emancipación. Su partida conlleva una dialéctica concreta. Su legado se agiganta en la ausencia, de lo cual es testigo la conciencia más avanzada de la humanidad, incluso para sus adversarios y para la irremediable incomodidad de sus declarados enemigos que vanamente pretenden desmontarlo. Diversas razones, todas de peso, se conjuntan para la conmemoración de los 100 años de su natalicio, que en sí misma constituye un acontecimiento que desborda fronteras ante los desafíos e interrogantes de nuestra actualidad. Estamos ante una vida tan excepcional como humana que cultivó la virtud de luchar desde el corazón de su pueblo con profundo sentido martiano de que "Patria es humanidad". Encaró al imperialismo norteamericano desde una pequeña isla y encabezó la primera revolución socialista victoriosa del continente. Esa grandiosa realidad y del modo en que se fue construyendo, lo transformó en el principal referente ideológico de las organizaciones de izquierda y en la personalidad diplomática más distinguida de toda una época.

Esa transformación que se inició aquel histórico primero de enero de 1959, no llegaba desprovista de una elaboración proyectada para las relaciones internacionales y de la impronta de una voluntad de entendimiento con EE. UU. Esto es bien sabido, pero no está de más recordar, a manera de un espejo histórico frente al escenario actual. El comandante viajó un 15 de abril de 1959 a EE. UU. Aquella visita tuvo el propósito de demostrar una voluntad de entendimiento desde el respeto a la soberanía, de buenas relaciones diplomáticas y de firmes principios de política exterior. Recojo un solo un fragmento de una de sus intervenciones:

> No quiero que este viaje sea como el de otros nuevos gobernantes latinoamericanos, que siempre acuden a los Estados Unidos para pedir dinero. Quiero que este sea un viaje de buena voluntad [...]. Ustedes están acostumbrados a ver a representantes de otros gobiernos venir aquí a pedir. Yo no vine a eso. Vine únicamente a tratar de lograr un mejor entendimiento. Necesitamos mejores relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. No vine aquí a mentir. No vine aquí a ocultar nada, porque nuestra Revolución nada tiene que ocultar. No vine aquí a pedir nada, porque nuestra Revolución no tiene nada que pedir, como no sea amistad y comprensión. Firmeza, patriotismo, dignidad y deseos de establecer normales relaciones.

Fidel sabía que los cambios en Cuba no eran buenos augurios para un imperio habituado a imponer relaciones de subordinación. Sabía también que la propia revolución se constituía en un hecho geopolítico de enorme trascendencia. Agudos episodios ulteriores, como la crisis de octubre en 1962 y antes la derrota del imperialismo en su invasión y la victoria cubana de Playa Girón, mostraron tempranamente la verdadera estatura de aquel

---

* Texto, ampliado y corregido, de la presentación en el panel de homenaje a los 100 años del natalicio de Fidel Castro, con motivo de la presentación de la obra "Fidel. 17 aproximaciones", Embajada de Cuba en México, el 7 de agosto de 2026.

** Profesor-investigador emérito de la Universidad Iberoamericana, integrante de CLACSO y miembro del secretariado de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad.

proceso y que convirtieron al gobierno de la isla en un inomitible referente de la política mundial. La conducción equilibrada y a la vez firme de la política de la revolución, hicieron de Fidel una figura de reconocida solvencia diplomática. Desde esa perspectiva, Cuba ha sido respetada por sus aliados del otrora campo socialista, el pueblo norteamericano y la comunidad internacional.

Para EE. UU., desde Eisenhower hasta hoy, Cuba es considerada políticamente un enemigo que debe ser abatido, con una diplomacia de doble rasero, con sus ingredientes de desconfianza ideológica y la sempiterna invocación, infundada pero eficaz para su consumo interno, de considerarla una "amenaza" a su seguridad. ¿Cómo puede ser considerada una "amenaza" cuando en toda la historia no es posible verificar ni un solo registro de agresión imputable a la Revolución? Bajo esa lógica, aviesa, de imputar responsabilidades incomprobables, su extensión inicua llega hasta el absurdo de endosarle el calificativo de "promotor del terrorismo", cuando es más fácil constatar su aporte efectivo en la promoción de la paz, su congruente posición en las relaciones bilaterales y multilaterales con más de un centenar de estados, su cooperación y solidaridad permanentes, compartiendo recursos humanos y conocimientos siempre con un genuino sentido de respeto a la soberanía y al derecho internacional. Todo lo cual nos habla de una sólida capacidad estatal.

-I-

La agresión norteamericana a Cuba es de incumbencia mundial, una de cuyas expresiones se encuentra refrendada por oleadas de solidaridad, desde los más remotos lugares del planeta y las reiteradas condenas al bloqueo norteamericano de la gran mayoría de paises en las Naciones Unidas, que, aunque no sean vinculantes conllevan el retrato de la inmoralidad que se añade a otras inmoralidades de la principal potencia de Occidente. El bloqueo, no está demás caracterizarlo en su dimensión actual, es una cadena inhumana de decisiones crueles. Afecta a hombre mujeres, niños, ancianos y a los segmentos sociales más vulnerables que hoy sufren inenarrables privaciones esenciales. Lo que subyace a esta barbarie es una arraigada concepción que tiene su propia densidad histórica en la llamada clase política norteamericana, que en la aplicación de su política de clase no admite, no puede admitir, que haya pueblos soberanos e independientes, ni gobiernos que se conduzcan desde la autodeterminación.

Todavía hay quienes en la actualidad piensan Cuba debe ser parte de EE. UU. Lo que provocó inicialmente el bloqueo no fue precisamente el socialismo, sino el inicio de unas decisiones adoptadas de manera soberana, sin el consentimiento de nadie. Allí se encuentra incubada el principio que pauta la deplorable necesidad del asedio y la creciente hostilidad, convertidas hoy en atroces maquinarias de agresión que secretan por doquier una atmosfera de guerra.

El pueblo de Cuba no ha dejado de resistir. El gobierno norteamericano técnicamente se ha propuesto un "cambio de régimen". De lo que de allí emana es una conducta multiforme que conlleva un siniestro empeño, de provocar la humillación y la rendición de un pueblo y la caída de su revolución. El expediente de las intervenciones desarrolladas con ese fin es prácticamente inabarcable. Aunque la cancillería cubana ha comunicado las perdidas estadísticamente ponderables provocadas por el bloqueo, nosotros creemos que el dolor y el impacto social de las sanciones norteamericanas son incuantificables. ¿Cómo se mide la angustia humana bajo una sumatoria de incertidumbres y el creciente deterioro de las condiciones de vida? A todo lo cual se superpone esa trituradora de conciencia que son las narrativas construidas, mediáticas o no mediáticas, promovidas especialmente por quien en la actualidad ocupa a la vez la secretaría del Departamento de Estado y la secretaria de

Seguridad Nacional y desde luego la Secretaría de Guerra desde el Pentágono. En cada amanecer de nuestros días vemos con estupor cómo gira esa vuelta de tuerca hacia la asfixia de un pueblo. La escalada de las decisiones del gobierno norteamericano es cada vez más frontal, adquiriendo los rasgos de un premeditado, lento y doloroso genocidio.

¿Cómo podemos contribuir, más allá de lo que estamos tratando de contribuir, para frenar esta escalada? Por lo pronto, es más que evidente que lo que está ocurriendo contra Cuba, no es que vaya a ocurrir alguna vez, ya está ocurriendo en diversos registros contra nuestros pueblos, estrechando sus márgenes de decisión y sometiendo a gobiernos bajo sus designios, tal como ocurre con el llamado "Escudo de las Américas", un verdadero instrumento de subordinación con el concurso de fuerzas ideológicamente afines, diseñado para garantizar un dominio total sobre el desenvolvimiento del hemisferio.

-II-

Quisiera subrayar la perspectiva que tempranamente proyectó Fidel ante la Revolución, que la estaban en ese instante viviendo a flor de piel. Cuando ingresa a la Habana en una intervención memorable habló con su pueblo para dimensionar la legitima alegría que envolvía a Cuba a los pocos días de aquel histórico primero de enero de 1959. La idea externada, con su proverbial claridad y fuerza expositiva, se refería a que apenas se iniciaba un camino que será largo, que será seguramente muy difícil, más difícil de lo que hasta ese momento se ha recorrido. Que pueden agredirnos por lo que estamos haciendo, invadirnos, expuso, que podrían incluso ocupar esta isla, pero debemos saber que nunca nos doblegaran, nunca nos sentiremos vencidos y dijo algo que le imprime toda su historicidad al proceso revolucionario: apenas hemos conquistado el derecho para empezar a tomar nuestras propis decisiones.

Quisiera destacar un aspecto de su compacta visión de los hechos. Me refiero su concepción de lo que significa una revolución como la cubana. Aunque hay un momento axial, 1959, resalta su carácter esencial como proceso. Al respecto, en una parte de su reflexión externada aquel primero de mayo del 2000 en la Plaza de la Revolución se afirma:

> Revolución es sentido del momento histórico, es cambiar todo lo que debe ser cambiado, es igualdad y libertad plena, es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos, es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos, es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional, es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio, es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo, es luchar con audacia, inteligencia y realismo, es no mentir jamás ni violar principios éticos, es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo.

Lo que estamos enfrentando en la defensa de la Revolución Cubana, no nos puede hacer olvidar en ningún momento lo que ha vivido y sigue viviendo el pueblo bolivariano de Venezuela desde aquella trágica madrugada del 3 de enero. Con profunda indignación seguimos reaccionando ante lo que ha acontecido. Condenable e imperdonable, desde todo punto de vista, lo que esa fuerza criminal pudo perpetrar impunemente contra la soberanía de un pueblo latinoamericano, contra un gobierno legítimo, secuestrando a un presidente constitucional al que lo mantienen en proceso inventando y reinventando causas inexistentes para juzgarlo. Allí estuvieron enfrentando el ataque militar norteamericano los herederos de Fidel. Con sobrecogedora emoción otra vez el mundo fue testigo de la sangre cubana

derramada en la defensa de otro territorio hermano. Honor y gloria a los 32 cubanos que cayeron combatiendo hasta el último aliento de sus vidas. Los intereses que diseñaron el ataque, expresión belicista de un imperio en crisis, desplegaron con posterioridad sus descarados objetivos contra Venezuela, con el injustificable afán de ejercer un control sobre lo que no les pertenece.

-III-

Fidel ha sobrevivido a más de 600 intentos de terminar con su vida. Durante sus años de enfermedad no faltaron agoreros promovidos desde el Norte que quisieron instalar la idea del fin de la revolución cubana con la desaparición física de Fidel. Hoy podemos constatar, sin la menor exageración, que las ideas de Fidel están más vigentes que nunca. "Yo soy Fidel", aquella expresión que brotaba del alma de millones camino a Santa Ifigenia, se reproduce en la actualidad hasta en los más remotos rincones de nuestro continente. Tres palabras que albergan la idea de que los valores por los que vivió pueden considerarse inmortales.

Las ideas, valores y principios por los cuales ha luchado toda su vida siguen vivos y ante los desafíos actuales nos siguen interpelando. Aquí el calificativo de haber sido un dirigente ejemplar es absolutamente preciso**.** Auspició, ante todo, un manejo singular del poder en el ejercicio de la política del que tenemos mucho que aprender. Ejerció una dirigencia durante décadas, sin dejar de considerar como una brújula personal los peligros de esa prolongada conducción. Aprendió y desarrollo un gran discernimiento de muchas experiencias revolucionarias, de muchos proyectos de transformación. Conoció a muchos dirigentes de todos los continentes, revolucionarios y no revolucionarios, con los que cultivó, en registros distintos, vínculos fraternos, sin omitir las desventuras en las responsabilidades políticas. Podemos encontrar en sus reflexiones expresiones de cautela ante las dificultades de construir una democracia socialista, efectiva y revolucionaria, con dirigencias que no escapan al del encandilamiento por la idolatría. Con esa mirada, emitió oportunos mensajes de enorme valía reflexiva, sin la pretensión de dar lecciones a nadie, sobre la importancia de trabajar y decidir con el pueblo.

Sobre las amenazas del culto a la personalidad sostuvo siempre una sólida y ejemplar posición. Fidel rechazó con argumentos didácticos la idea de que su nombre fuera emblematizado en estatuas, nominación de calles e instituciones de valoración pública. Este pensamiento tenía la impronta de una exigencia, de un genuino legado. No se trató en él de una expresión de falsa humildad, sino de un mensaje contundente de conductas a seguir cuando se está dirigiendo un proceso revolucionario desde la conciencia de un pueblo.

También realzó, una y otra vez, en intervenciones, escritos y entrevistas, la fuerza de la ética revolucionaria. Se inspiró en José Martí, Simón Bolívar, Julio Antonio Mella y nunca dejó de exaltar con inocultable emoción la estatura moral del Che. Reflexivo siempre, adaptó aquellos imborrables principios desde el Moncada, en la estrategia guerrillera, en toda la política y la diplomacia a cargo de un estado, en la protección de civiles y el respeto al adversario. Extendió esa actitud a los diversos ámbitos de la gestión pública, con rigor ante la corrupción y severas consecuencias frente a cualquier conducta que se vinculara con la traición, el abuso y el enriquecimiento individual.

Al pensar en estos legados fundados en genuinos valores, no podríamos omitir una referencia a la importancia de la guerra cognitiva de nuestro tiempo, que se ha vuelto una trinchera decisiva. Pienso que una de sus grandes herencias, rigurosamente martiana, es la importancia de fortalecer el campo de las ideas en el tejido de las redes, forjando por ejemplo la red de redes que él mismo impulso con este gran proyecto de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad. Más trabajo y creatividad exige de nosotros este

instrumento de articulación. Estamos ante el intento de convertir la mente humana en un teatro de operaciones, como parte de los más siniestros objetivos del imperialismo en su afán de controlarlo todo, buscando formatear la percepción social de la realidad, como si la existencia humana estuviera dividida entre "vidas que importan" y vidas que supuestamente perteneces a una población innecesaria, sobrante. Están visiblemente en las redes sociales, en los medios, fundaciones, influencers, articulando algoritmos para la promoción de narrativas de extrema derecha construidas desde el odio y la mentira impactando esferas del pensamiento y las emociones. Una feroz maquinaria de intervencionismo que ha mostrado su perversa eficacia, por ejemplo, en los procesos políticos y electorales de Estados Unidos, México, Honduras, Bolivia, Ecuador, Brasil, Argentina, Chile y otras entidades.

Sus alcances no eximen los patios interiores de nuestras universidades, exactamente allí donde se cultiva el conocimiento, la ciencia, la tecnología, los procesos de innovación, y desde luego de manera cada vez más sofisticadas en la definición de contenidos y criterios de evaluación. El escenario que esta realidad nos ofrece es todavía más apremiante, si consideramos el peso de Estados Unidos y sus actuales gobernantes, como referencia que le otorga domicilio a las corporaciones comprometidas con el diseño de matrices de opinión vinculadas al descontrolado desarrollo de la inteligencia artificial y su capacidad de formatear las jerarquías para las decisiones de las políticas fundamentales. Creo que allí necesitamos levantar una trinchera comunitaria, más colectiva para revitalizar el compromiso de quienes buscamos forjar un conocimiento útil, un pensamiento crítico y transformador. En tales objetivos, las ideas humanistas de Fidel constituyen un archivo vivo de rebeldía intelectual, compatible para todos los formatos de las más altas tecnología del mundo digital. Compatible en el sentido de que nada podría sustituir a la inteligencia humana.

-IV-

Por último, quisiera compartir algo de lo que está detrás de un libro como este: "Yo soy Fidel", que bien puede considerarse parte de su hermosa genealogía. Esta obra que fue hecha en México es parte del rico acervo de la histórica relación con Cuba. Su objetivo nace desde el compromiso y la tenacidad de nuestro inolvidable John Saxe-Fernández, integrante y fundador de la REDH del capítulo mexicano. Recuerdo que nos invitó a su casa, donde prácticamente termina el Camino al Desierto de los Leones. En ese círculo de cercanos estuvimos Ángel Guerra, Luis Suárez, Fernando Martínez Heredia y Teresa Castro para trabajar un libro con el título, propuesto de entrada por él, de "Yo soy Fidel". En ese instante, como muchos y en muchas partes, todavía no alcanzábamos a asumir la partida de Fidel. Transcurrieron varias reuniones en esa cálida casa de John y Teresa repleta de libros y un piano, domiciliada en medio de un exuberante bosque de pinos hasta que logramos reunir las colaboraciones que nos dieran un perfil del abanico de relaciones de Fidel con América Latina y el Caribe que fue la idea germinal. Fernando Martínez fue de los primeros en enviar su aporte cuando nos dijo "aquí está la primera batalla póstuma de Fidel". Ya con el borrador de la obra bajo el brazo y estando en Cuba invitado para una conferencia, John me encomendó la honrosa tarea de hablarle de este proyecto a Roberto Fernández Retamar. Nuestra querida Isabel Allende Karam, rectora en ese momento del ISRI, apoyó con prontitud esta iniciativa y le dijo por teléfono, en mi presencia, que una persona de México quería hablarle de Fidel. Al día siguiente, Fernández Retamar me recibió en Casa de las Américas. Debo decir que aquel encuentro, memorable circunstancia, ha sido una de las grandes experiencias que me ha tocado vivir, porque pude conocer a quien admiraba desde que lo conocí en Calibán cuando era estudiante en Chile, lectura que sigue mostrándonos la importancia de pensar y saber hablar con cabeza propia. Le pregunté todo lo que pude sobre Fidel y percibí que se

había tomado generosamente el tiempo para conversar. No alcancé a mostrarle completamente el borrador de la obra, como hubiera querido y que era el objetivo de la visita cuando me dijo, sin mayor dilación, que le gustaría prologarla. Inmensa fortuna que se la comuniqué de inmediato a John. Todo lo demás está en letra impresa en este libro entrañable. La primera edición de "Yo soy Fidel. Pensamiento y legado de una inmensidad histórica" fue publicada por CLACSO. La siguiente edición, igualmente espléndida, fue una muy comprometida y espontánea decisión de Paco Ignacio Taibo que la publicó con el sello del FCE bajo el título de "FIDEL, 17 aproximaciones".

Este libro es parte del compromiso de prolongar en el tiempo una rebeldía intelectual inmensa y necesaria, cuya referencia se agiganta ante cada agresión o intento de vaciar ideológicamente la Revolución Cubana. Estando Cuba y conversando sobre las vicisitudes de la vida diaria en este momento en que se multiplican por todas partes el peso de las amenazas, apagones prolongados y dificultades de todo tipo para la existencia básica, es frecuente escuchar con sentido reflexivo una pregunta: ¿qué habría hecho Fidel? Es el reflejo de una cultura política arraigada, tal vez un ejercicio asumido ante las adversidades. Ahora que, en muchas partes estamos pensando en su legado, seguramente exigiría que su obra fuera recordada con los ojos puestos en el futuro de una sociedad mejor para la humanidad, más humana, más justa, más solidaria, más internacionalista que Fidel supo proyectar y nosotros podemos seguir construyendo. Retomar a Fidel es el desafío de nuestra época. Ante cada agresión, por más feroz que sea su impacto, ante cada golpe del imperialismo exigiendo sometimiento, Fidel recogería aquel grito de resistencia invencible que brotó del corazón de Juan Almeida: ¡Aquí no se rinde nadie!

Fidel, más allá de su tiempo

Atilio A. Borón*

Invitado a escribir unas pocas cuartillas sobre Fidel para homenajear el centenario de su nacimiento bastó que me sentara frente a mi computadora para que acudieran en tropel a mi mente las vivencias experimentadas cuando, estando en Cuba, me enteré de la muerte de Comandante. Es que la vida y la muerte se entrelazan inextricablemente en los grandes personajes de la historia. La escena era esta: cerca de la medianoche de aquel 25 de noviembre del 2016 me encontraba en el hotel, preparando mi valija para iniciar el viaje de regreso a la Argentina luego de haber tomado parte de varios eventos organizados en los días previos. De pura casualidad estaba la televisión prendida cuando de pronto y sin anuncio previo apareció Raúl. Dejé todo lo que estaba haciendo y escuché que iniciaba su discurso diciendo que "con profundo dolor comparezco para informar a nuestro pueblo …" Al escucharlo un relámpago tranquilizador cruzó mi mente y pensé que al Comandante lo habían trasladado a una unidad de terapia intensiva y que de eso nos iba a informar Raúl. Pero ¿morirse Fidel? Imposible, jamás. ¿Cómo se iba a morir si Fidel era la personificación viviente de Nuestra América? Su deceso equivalía a que alguien anunciara que un tremendo cataclismo geológico había arrasado con esta parte del mundo, ahora sumergida para siempre en las profundidades de los dos océanos que la flanqueaban.

La inmortalidad de Fidel era una premisa tan irracional como inconmovible desde que me tocó en suerte verlo por primera vez en mi vida en Santiago de Chile. La "revelación" ocurrió en una calurosa tarde del 10 de noviembre de 1971 cuando, parado en un auto descapotable al lado de su amigo y camarada Salvador Allende, lo vi pasar procedente del aeropuerto al que había arribado hacía apenas una hora dando inicio a su inolvidable visita a Chile. El auto venía a marcha lenta, casi a paso de hombre, por la avenida Costanera flanqueada en esa ocasión por miles y miles de santiaguinos. Y a Fidel lo tuve allí, a unos dos metros saludando a quienes habíamos ido a recibirle con desbordante emoción. Quiso la fortuna -o el atronador griterío del grupo de vocingleros estudiantes con quienes compartía ese único momento- que el Comandante volteara su cabeza hacia nosotros y. sonriente, nos saludara haciendo la venia militar. Ese gesto, reconocimiento y venia, recorrió a todo el grupo como una descarga eléctrica, dejando la sensación de que quien nos acababa de saludar no era un simple mortal sino la reencarnación de uno de aquellos héroes de la mitología griega -un Aquiles o un Odiseo- que había emergido desde lo más profundo del Mar Caribe para conducir a Nuestra América hacia su segunda y definitiva independencia. Y ahora estaba con nosotros e irrumpía con su uniforme verde olivo en el Chile de Allende para ver con sus propios ojos lo que luego, en su célebre discurso en la Universidad de Concepción, definiría certeramente como "el inicio de un proceso revolucionario".

Esa poderosa impresión juvenil de un Fidel inmortal, un Fidel que sintetizaba en su persona las ansias de liberación de toda América Latina y el Caribe, un Fidel Tricontinental cuya prédica había potenciado la rebelión de los países que hoy llamamos del Sur Global y que había sido marcada a fuego en mi juventud, se desmoronó pocos segundos después cuando, continuando su alocución, Raúl anunció el fallecimiento del Comandante. Solo allí tomé conciencia de que este "ser de otro mundo" también lo era de este, y era mortal. Que había sobrevivido, según lo reconoció la propia CIA, a 638 tentativas de asesinarlo y que, sin embargo, algún día tendría que morirse. Pese a eso, a su avanzada edad y a sus dolencias, era

* Doctor en Ciencia Política, ex Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires (1990-1994) y ex Secretario Ejecutivo de CLACSO (1997-2006).

una noticia inesperada. Más probable era el anuncio de que Obama había emitido una orden ejecutiva declarando que Cuba era una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos que la noticia de la muerte de Fidel. Claro, todo revuelto en mi cabeza porque mi parte racional y consciente sabía que esto iba a ocurrir, y que noventa años eran muchos y su salud estaba muy quebrantada. Pero, aun así, en esa medianoche habanera del viernes 25 de noviembre, ni se me ocurría pensar en ello. Pensé en una agresión gringa o en una enésima estratagema para acabar con la Revolución. Nunca en la muerte de Fidel. ¿Por qué?

Para responder a esto en el día de hoy, cuando pasaron cien años desde el nacimiento de Fiel, hay que partir de una premisa empíricamente irrefutable: Fidel era un personaje "de otra galaxia", sin duda. Tenía más que ver con los grandes héroes de la historia de la humanidad que con el común de los mortales. Fidel era el arquetipo de eso que Hegel llamaba un "personaje histórico-universal", o sea, alguien que percibe las cosas de este mundo antes de que se insinúen en el horizonte; que sabe hacia dónde marcha el mundo y la necesidad de cambiarlo, y hace del logro de este objetivo, cambiar al mundo, su razón de ser. Alejandro, César y Napoleón fueron grandes hombres porque desearon y lograron hacer algo grande, jamás cayendo en nimiedades, fantasías o ilusiones. Asumieron el desafío de su tiempo, sintetizaron magistralmente las contradicciones de su época y tuvieron éxito en su empeño. Fidel lo asumió en plenitud. Sabía que Martí había dejado un inmenso legado político y doctrinario, del cual se nutrió para comprender cuál sería el destino de Nuestra América si -tal como el Apóstol lo expresara en su póstuma e inconclusa carta a Manuel Mercado- no se impidiera … "a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso". Por eso, para Fidel, Martí fue el autor intelectual del asalto al Moncada y sabía que había que seguir haciendo lo que aquel hizo hasta el punto de pagar con su vida ese intento. Pero asimismo Fidel se sabía heredero de la gesta, también inacabada, de Simón Bolívar, destinada a hacer de los pueblos de Nuestra América "una sola y gran nación." O de la lucha anticolonial de José de San Martín, integrando a los pueblos originarios, los criollos y los afrodescendientes en el magno ejército que liberaría no sólo a la Argentina sino también a Chile y al Perú del yugo colonial.

Fidel emprendió ese proyecto dotado de una rarísima combinación de inteligencia y voluntad. Veía más lejos y antes que cualquiera, y también veía más hondo que el común de los mortales. Pocos años más tarde, con el triunfo de la Revolución, la gravitación de su figura tuvo un crecimiento exponencial. No exageramos un ápice si decimos que fue uno de los dos únicos gobernantes de la región (el otro fue Hugo Chávez Frías) que dejaron una impronta indeleble en la política mundial. Salvador Allende podía haber sido el tercero, pero el imperialismo tronchó su carrera acabando prematuramente con su vida y con el proyecto de la Unidad Popular. Producto de las circunstancias históricas, fundamentalmente la Guerra Fría y la enfermiza obstinación que el Gobierno y la burguesía de Estados Unidos tienen para apoderarse de Cuba ya desde finales del siglo dieciocho, como urgía John Adams en 1783 desde Londres, la huella de Fidel caló con inédita profundidad en el escenario global. Malsana obsesión aquella de Adams que hoy revive con Trump 2.0 y la siniestra figura de Marco Rubio, desesperado por convertirse en el "libertador" de Cuba y, de ese modo, allanar su carrera hacia la Casa Blanca. Víctima de su malsana pasión ignora que Cuba será la tumba y no la plataforma de lanzamiento de su carrera política. Téngase en cuenta que la isla rebelde fue protagonista de la mayor crisis militar a lo largo de toda la historia de la Guerra Fría: la así llamada "crisis de los misiles", en referencia a la instalación de cohetería soviética en Cuba en respuesta a una similar operación que Estados Unidos había realizado en Turquía.

Como es bien sabido, Fidel se opuso al retiro de los cohetes soviéticos con un argumento impecable: la Unión Soviética tenía derecho a defenderse. Estaba amenazada en su frontera meridional por el despliegue militar norteamericano en Turquía y la Sexta Flota de Estados Unidos apostada en Nápoles, y le asistía toda la legalidad del mundo para contar con una fuerza de disuasión a un centenar de millas de la Florida. Desgraciadamente el Kremlin no lo escuchó.

Pensemos: ¿qué otro jefe de Estado alcanzó alguna vez la proyección internacional de Fidel? Incluso aquellos gobernantes de países con enormes poblaciones, como Brasil o México, o poseedores de grandes territorios, como Brasil y Argentina, economías más avanzadas, como las de estos tres países; aun en estos casos no hubo ninguno, absolutamente ninguno, que pudiera rivalizar con la influencia que el Comandante ejerció en el ámbito de la política mundial. Después de la Segunda Guerra Mundial algunos sobresalieron, pero sin trascender el ámbito regional: Juan D. Perón y Getulio Vargas en Sudamérica; Luis Echeverría Álvarez en México y toda Centroamérica. Posteriormente, ya en nuestro siglo, ni Lula o Dilma, ni Néstor o Cristina Kirchner, para ni hablar de los devaluados presidentes mexicanos del PRI y del PAN, tuvieron una gravitación internacional que se acercara, aunque sea de lejos, a la de Fidel. Muchos años después Andrés Manuel López Obrador y su sucesora, Claudia Sheinbaum, recuperaron terreno desde el Gobierno de México, pero aun así su gravitación no se compara con la figura fulgurante del líder cubano. Es que Fidel, desde los inicios de la revolución, hizo de la contundente y muy fundada denuncia del -y combate al- imperialismo y la exaltación del internacionalismo dos de sus inclaudicables banderas. Apoyó de modo decisivo la lucha por la liberación de Argelia del yugo colonial francés. El 27 de junio de 1961 fue el único país del hemisferio occidental que reconoció al Gobierno argelino en el exilio. Pero la solidaridad cubana fue más lejos. En el Encuentro con los Intelectuales, celebrado en La Habana el 11 de febrero del 2012, Fidel habló de cómo la Revolución cubana se las ingenió para hacerle llegar pertrechos militares a los mismos rebeldes argelinos que, a la postre, resultaron decisivos para el exitoso remate del proceso emancipador. No fue menor sino más completo y duradero el apoyo que La Habana le prestó al pueblo vietnamita no solo durante la guerra, sino también antes y después. No es casual que la desinteresada colaboración de Fidel con la heroica lucha de ese pueblo sea reconocida por todos en ese país. Cuando tuve la suerte de visitarlo, en 2009, pude experimentar en carne propia lo que Fidel representaba para los vietnamitas. Al andar por las calles de Hanói y otras ciudades más pequeñas, mucha gente que por mis rasgos faciales inferían sin duda que era occidental se acercaban y acompañándose con un gesto de interrogación en sus manos, me preguntaban por Fidel, por el aliado inconmovible, el amigo que les ayudó en la guerra y en la paz, a pesar de la permanente amenaza que se cernía sobre Cuba por su generosa temeridad de ayudar a un pueblo que estaba siendo masacrado por una guerra de agresión de una virulencia jamás vista. No es casual que la última actividad pública del Comandante, pocos días antes de su deceso, hubiera sido recibir al presidente de la República Socialista de Vietnam. Y lo mismo cabe decir de la estrecha relación mantenida por la Revolución cubana con las luchas del pueblo palestino. En 1973 Cuba fue el primer país latinoamericano y del Caribe que cortó todo tipo de relaciones -ni diplomáticas ni de cualquier otro tipo- con Israel, contumaz verdugo de los palestinos.[*] Su intransigente apoyo a la causa de ese pueblo

[*] La Venezuela de Chávez haría lo propio en 2009. Colombia lo hizo bajo el gobierno de Gustavo Petro pero su sucesor anunció que revertirá radicalmente la situación. Nicaragua y Belice suspendieron las relaciones diplomáticas después del 2023.

maltratado y brutalmente oprimido y su total rechazo a la ocupación israelí le granjearon la eterna gratitud de los palestinos. Por si lo anterior fuera poco, la Cuba revolucionaria desempeñó un papel crucial en otro de los grandes escenarios del conflicto internacional: Sudáfrica. La intervención cubana en Angola fue decisiva para afianzar su independencia, lograr la de Namibia y derrotar al régimen racista de Pretoria. Éste, en conjunción con Washington, había fraguado una «guerra civil» en Angola —modelo que luego se aplicaría en Libia y, posteriormente, en Siria— en la cual participaban activamente las tropas de Zaire (hoy República Democrática del Congo), del ejército sudafricano y de dos bandas mercenarias angoleñas organizadas, armadas y financiadas por Estados Unidos a través de la CIA con la cooperación de Israel. La ayuda militar y logística cubana fue decisiva para inclinar la balanza a favor de Angola. La Unión Soviética, a la cual Cuba estaba ligada por múltiples lazos económicos, no veía con buenos ojos la intromisión cubana en África. Es más, muchos dizque analistas internacionales enterados del envío de la primera misión cubana a Angola se apresuraron a pronosticar el inmediato retorno de esas tropas ante una terminante orden de Moscú. Nadie sabe si esa orden existió o no. Lo que sí sabemos es que Cuba jamás fue un proxy soviético y permaneció en Angola hasta la total pacificación de la región. La soberanía cubana jamás estuvo constreñida por lazos comerciales, ni antes ni ahora. Allí, en la localidad de Cuito Cuanavale, se libró la más larga batalla en la historia del África subsahariana. Esa fue, según Nelson Mandela, la "Stalingrado africana", que sentó las bases de la emancipación de Namibia y disparó el tiro de gracia en contra del apartheid sudafricano. A lo largo de los más de tres meses de batalla, entre diciembre de 1987 y marzo de 1988, Fidel siguió día a día, hora tras hora, los acontecimientos en el teatro de operaciones y su conducción estratégica resultó crucial para la victoria. Mandela reconocería este papel fundamental de la ayuda cubana cuando, en la Conferencia de Solidaridad Cubana-Sudafricana (1995), dijo que "los cubanos vinieron a nuestra región como doctores, maestros, soldados, expertos agrícolas, pero nunca como colonizadores. Compartieron las mismas trincheras en la lucha contra el colonialismo, el subdesarrollo y el apartheid. Jamás olvidaremos este incomparable ejemplo de desinteresado internacionalismo".

Esta extraordinaria gravitación internacional de Fidel era consecuencia de sus excepcionales condiciones como líder político. Gracias a su notable inteligencia, a su fina intuición, y a su inagotable curiosidad intelectual tenía la capacidad para percibir los acontecimientos futuros cuando estos se hallaban en estado germinal. Era, para usar la imagen que Lenin transmitiera sobre Rosa Luxemburgo al enterarse de su asesinato, un águila que volaba más alto que el común de los mortales, percibía los datos del mundo real antes que los demás y su vista era más aguzada y podía ver más lejos y más hondo. Hay dos ejemplos rotundos entre tantos otros. En la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro, 1992) advirtió, en un brillante discurso de escasos siete minutos, que la humanidad era "una especie en peligro" ante el deterioro de las condiciones medioambientales que habían hecho posible la aparición de la vida humana en el planeta. Formuló esta advertencia ante la sonrisa socarrona y la incredulidad de eminentes mediocridades como el anfitrión, Fernando Collor de Melo, Patricio Aylwin, Carlos S. Menem, Alberto Fujimori, Rafael Caldera, George Bush padre, Boris Yeltsin y Felipe González. ¿Quién se acuerda hoy de ellos? Como un águila que vuela muy alto y ve más lejos, advirtió veinte años antes que los demás la gravedad del problema del cambio climático, que hoy está en la boca de cualquier político o gobernante, por torpe o rústico que sea. Lo hizo cuando el clima ideológico mundial estaba inficionado por el desenfrenado optimismo sobre el futuro de Estados Unidos y el supuesto triunfo de la globalización neoliberal. Cuando en la metrópolis imperial saludaban con suicida

anticipación el advenimiento del «nuevo siglo americano» precipitado por la desintegración de la Unión Soviética y el coro polifónico del mundo académico y de los medios entonaba con fervor la melodía del "fin de la historia", Fidel en Río decía lo que nadie podía creer y anunciaba lo que nadie quería escuchar. Que en realidad sí podría haber un "fin de la historia", pero no sería el que pregonaban los mandarines del imperio, sino porque era la depredación capitalista la que ponía en peligro la continuidad de la vida humana en este planeta. Un verdadero y apocalíptico final de la historia causado por el capitalismo.

El otro ejemplo de su extraordinaria clarividencia lo proporciona su "descubrimiento" de Hugo Chávez. Como se recordará, una vez indultado, el bolivariano realizó una gira por varios países de América Latina y el Caribe. No le fue nada bien en ese recorrido, y muy pocos lo recibieron porque venía precedido por una fama de golpista que la prensa hegemónica se encargó de subrayar en cada etapa de su desplazamiento. La excepción a esta regla se produjo el 14 de diciembre de 1994, fecha en que Chávez llega a La Habana y observa al pie del avión y para su tremenda sorpresa que Fidel había ido a recibirlo en persona. A diferencia de tantos otros políticos y gobernantes latinoamericanos y caribeños al líder histórico de la Revolución cubana no le pasó desapercibida la enorme potencialidad política encerrada en la figura de ese joven militar venezolano. Como un fino escultor que ante la agreste tosquedad de la roca imagina la obra maestra que brotará de su labor, Fidel percibió claramente que en Chávez había encontrado el acompañante perfecto, al imprescindible mariscal de campo que él, como estratega general, necesitaba para llevar a buen puerto su epopeya libertadora. Este encuentro dio origen a un dúo irresistible que cambió la historia latinoamericana y produjo la aplastante derrota del ALCA, el más importante proyecto que el imperio le tenía reservada a Nuestra América para todo el siglo veintiuno.

Político, estadista, estratega militar, Fidel fue además un notable intelectual. En el Encuentro con los Intelectuales del año 2012, que se prolongó durante casi nueve fecundas horas, el Comandante nos repetía, una y otra vez: "Vine a escucharlos a ustedes, a aprender de ustedes", cada vez que algunos de nosotros le formulaba una pregunta. Por supuesto que las contestaba, haciendo gala de una información tan detallada que nos llenaba de asombro. Las respondía por cortesía, porque su deseo más profundo era escuchar a sus interlocutores, aprender de ellos. ¿Cuántos jefes de Estado tienen esa misma humildad? Pocos, en realidad muy pocos. No exageraríamos un ápice si dijéramos que era una de las personas mejor informadas del mundo. Lo demostró a lo largo de más de cincuenta años y una vez más en la ya mencionada reunión con intelectuales, en el marco de la Feria del Libro de La Habana, de febrero 2012. Lector incansable, como Chávez; dotado de una curiosidad inagotable que transitaba desde la historia, la política y la economía hacia las nanociencias, la ingeniería genética y la astrofísica. Una de las imágenes imborrables que tengo del Comandante es la de Fidel sentado en la primera fila de los eventos organizados por Casa de las Américas, los encuentros sobre la globalización y los problemas del desarrollo de la ANEC, la Feria del Libro, la Oficina de Estudios Martianos o durante la Asamblea General de CLACSO, en octubre del 2003, tomando prolijamente nota en una pequeña libreta de cada una de las presentaciones, siguiendo atentamente las exposiciones y, a menudo, pidiendo la palabra y, de manera respetuosa aunque no exenta, a veces, de una pizca de humor para relajar la tensión del expositor, formular alguna pregunta o hacer un comentario siempre sensato y casi siempre explorando derivaciones e implicaciones de lo que había sido dicho que habían pasado desapercibidas casi para todos los demás. Y siempre lo hacía desde la humildad, jamás

subestimando al otro, sino más bien todo lo contrario. Demostrando con su actitud el respeto que tenía por las opiniones ajenas.

Hay una anécdota que refleja de modo aún más certero la valoración que el Comandante tenía del debate intelectual y que tiene que ver con CLACSO. En efecto, Asamblea General de esta institución, celebrada en Guadalajara en 2001, había resuelto que la siguiente debía tener lugar a fines de Octubre en La Habana. Pero cuando estábamos afinando los detalles del evento junto con un grupo de colegas de los centros cubanos ocurrió un incidente que tuvo enorme difusión en los medios: el 2 de abril se produjo el secuestro del transbordador Baragua que hacía el cruce entre La Habana y los municipios de Regla y Casablanca, ubicados al otro lado de la bahía. El grupo armado que realizó el secuestro, para lo cual amenazaron de muerte a los viajeros que se encontraban en la lancha, quería desviarlo hacia la costa de la Florida. Exigieron que se les proporcionara gasolina para hacer posible la travesía pero su pedido fue rechazado por el gobierno; poco después optaron por deponer su actitud y fueron capturados. Los tres líderes de la operación fueron sometidos a un juicio sumario y condenados a muerte; sus secuaces a largos años de prisión. El evento tuvo enorme repercusión mediática alimentando la permanente campaña en contra de la Revolución Cubana y denunciando los "métodos totalitarios" que utilizaba para acallar a la oposición. Pocos días después comenzaron a llegar pedidos a la Secretaría Ejecutiva de CLACSO, en ese momento bajo mi conducción, solicitando la inmediata elección de una nueva sede para la Asamblea del 2003 aduciendo que luego del incidente del Baraguá "no existían en Cuba condiciones para una discusión académica libre de toda restricción"

Yo me opuse firmemente a esa petición, refrendada por numerosas personalidades del mundo de las ciencias sociales de Latinoamérica y el Caribe y, previa consulta con el Comité Directivo de la institución, decidí viajar a Cuba a inspeccionar sobre el terreno cómo estaba la situación, si es que el propio gobierno cubano consideraba que no había que alimentar la campaña de propaganda realizando un evento tan llamativo como la asamblea de CLACSO o si, por el contrario, deseaba que se cumpliese el plan previamente acordado.

La gravedad de la situación hizo que no sólo me reuniese con los miembros del Comité Organizador local sino que solicité, y se me concedió, una entrevista con Fidel para conocer, sin intermediación alguna, la postura del gobierno cubano. Yo ya había tenido la oportunidad de conversar con él en varias ocasiones pero nunca para tratar un asunto tan delicado. Ni bien comenzó la reunión y cuando yo estaba procurando decirle que queríamos conocer la actitud del gobierno cubano sobre la conveniencia o no de postergar -o abandonar definitivamente la idea de realizar la asamblea en La Habana- porque dicho evento podía atizar el fuego de la propaganda anticubana en Estados Unidos, Fidel me interrumpió seca pero amablemente y me dijo ¿"y qué es lo que tú piensas?" Yo me quedé paralizado ante esa pregunta y balbuceando le respondí que nos preocupaba que este evento pudiera alimentar la campaña anticubana y que junto con el Comité Directivo de CLACSO pensábamos que debería ser el gobierno cubano quien nos dijera si era conveniente seguir con lo planeado. "De ninguna manera!", me dijo. "Cuba se ha comprometido a ser la anfitriona de ese evento y mantenemos nuestra decisión. Si por alguna razón prefieren cancelar la realización de la Asamblea es asunto de ustedes, no nuestro. Nosotros vamos a respaldarla como lo hemos hecho hasta ahora." Le dije que teníamos varios invitados internacionales de mucho peso, que eran ciudadanos o residentes en Estados Unidos y que enseñaban en grandes universidades -pensaba fundamentalmente en Noam Chomsky, Robert Dahl, Perry Anderson y algunos otros más- y que tal cosa podría exacerbar la virulencia de las agresiones en contra de Cuba. Fidel insistió: "este es un asunto de CLACSO y el gobierno cubano nada tiene que

decir en relación a la decisión que ustedes puedan tomar. Eso sí: asegúrale a tus colegas, y a los invitados internacionales -cuyos nombres Fidel desconocía- que no tendrán obstáculo alguno para moverse en Cuba, hablar con quién quieran, decir lo que les venga en gana y reunirse con quienes consideren oportuno. Para nosotros será un honor recibir a tan distinguidas personalidades procedentes de donde sea."

Ese era Fidel: un hombre de honor, cuya palabra era sagrada y la respetada contra viento y marea. Aún a riesgo de incentivar nuevos ataques en contra de Cuba. Y un hombre que sentía un enorme respeto por el debate intelectual y político, y que estaba dispuesto a auspiciarlo en el marco de la asamblea de CLACSO aún cuando esa actitud pudiera reportarle renovados perjuicios a Cuba. Ya de regreso y luego de exponer el informe de mi viaje el Comité Directivo de CLACSO decidió que la asamblea se realizaría en Cuba. Y así ocurrió, con Fidel participando en las cinco sesiones plenarias vespertinas, sentado en la primera fila como uno más de los asistentes, tomando cuidadosa nota de lo que decían los oradores y, eventualmente, solicitando que se le diera la palabra para formular alguna pregunta o pedir alguna aclaración. En suma, una asamblea de lujo y un éxito espectacular no sólo para las ciencias sociales cubanas sino para las diversas disciplinas en sí mismas por la notable calidad de las discusiones que allí se sostuvieron. Y eso lo garantizó Fidel mientras arreciaba la campaña de denuncias y desprestigio fomentada por Washington por lo ocurrido en el transbordador Baraguá.

Resumo: Fidel nos deja un inmenso legado que enriquece el que heredáramos de Bolívar, Martí y los «padres fundadores» de la Patria Grande. El que nos legaran el Che, los dos Camilos (Cienfuegos, el cubano, y Torres, el colombiano) y más recientemente Chávez. Paradojalmente, su muerte lo inmortaliza. Su influencia, como la de los nombrados, no hará sino crecer con el paso del tiempo. Mientras subsista el capitalismo y el imperialismo continúe sembrando destrucción y muerte a su paso, las enseñanzas de Fidel irán creciendo en importancia. Nos enseñó —en línea con las ideas de Martí y, posteriormente, con las reflexiones de Antonio Gramsci— que la batalla de ideas es un terreno decisivo de la lucha por la liberación de nuestros pueblos. Martiano y marxista a la vez, hizo suyo el apotegma del Apóstol que decía que «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras». Y ya desde finales del siglo pasado venía diciendo que el neoliberalismo había fracasado en lo económico y en lo político; que no había hecho crecer nuestras economías ni demostró ser capaz de redistribuir progresivamente los ingresos y la riqueza. Y que las políticas neoliberales estaban destruyendo la credibilidad y la legitimidad popular en las democracias. Si cuando lo decía era un profeta predicando en el desierto y sin nadie que lo escuchara, un cuarto de siglo después la biblioteca especializada está repleta de estudios y tesis doctorales que confirman lo que Fidel, como siempre, vio mucho antes y mejor que los demás. Por eso el Comandante le ganó a su muerte y seguirá siendo fuente de inspiración de la rebeldía tan necesaria en un mundo tan injusto como éste. Fidel, con su muerte entró en la historia y como ocurre con las grandes figuras con ese tránsito se eternizó. Lejos de caer en el olvido, hoy, cuando se cumplen cien años de su nacimiento, su tránsito histórico lo convirtió en un referente eterno.